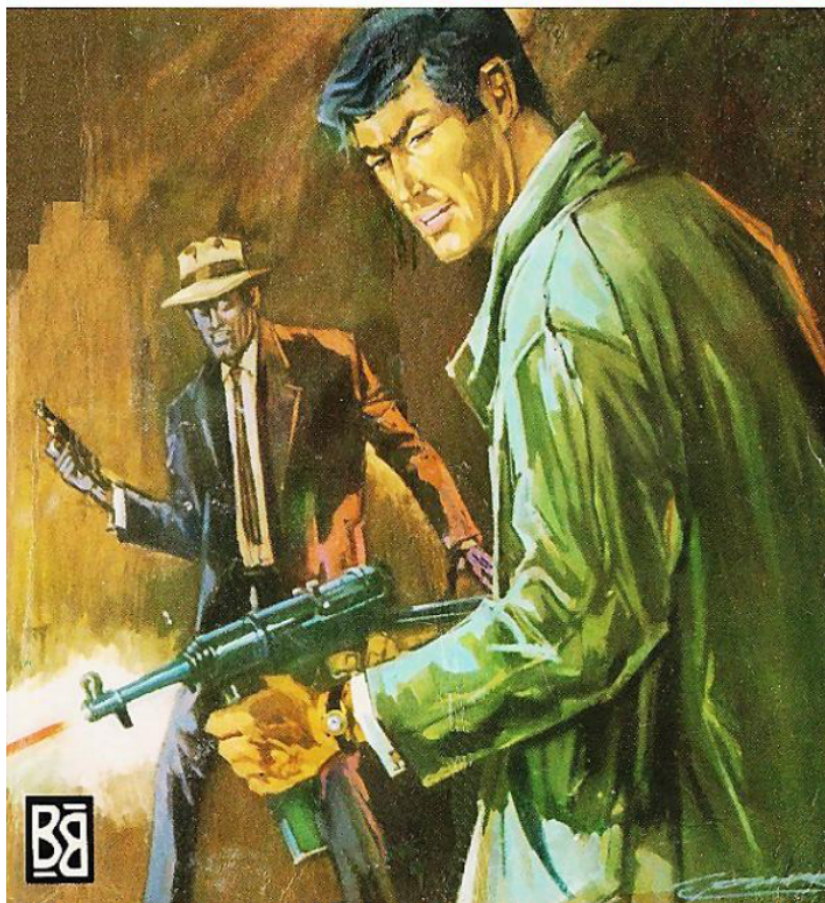


PUNTO
ROJO

operación "Dólar"

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



FRANK CARELLA

ERIKA
YLIZOVSKY





BURTON HARE

OPERACION «DOLAR»

Colección PUNTO ROJO n.º 247

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 33009-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero 1967

© BURTON HARE-1967

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA-1967

sobre la cubierta

© COSTA Y VIVAS-1967

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

CAPÍTULO PRIMERO

ASÍ EMPEZÓ EL CONFLICTO

Como la mayoría de casos que recaían en el grupo conocido en ciertos círculos por «Los Justicieros», aquel que quedó archivado bajo el epígrafe de: «Operación Dólar» empezó del modo más anodino, sin que nada de lo que sucedió al principio hiciera pensar a Frank Carella y sus muchachos que, al final, el impecable Secretario de Justicia les obsequiaría con el encargo de resolverlo, cargando así sobre sus espaldas una responsabilidad terrible, amén de unos riesgos que habrían estremecido de espanto a cualquier mortal menos acostumbrado a afrontar la muerte sin pestañear.

Puede decirse que todo empezó cierta noche de un tórrido mes de julio, en las cercanías de los muelles de Nueva York. El guardia de patrulla Jim Mac Goonan acababa de doblar la esquina de Hudson y Le Roy cuando vio al hombre. Estaba a unos cincuenta metros de él y llamó su atención el advertir que el tipo se detenía en seco al verle. Después, tras unos segundos de vacilación, el hombre dio media vuelta y se alejó apresuradamente.

Mac Goonan se fijó en la gran cartera de mano que portaba el desconocido, se dijo que aquella aversión por el uniforme era más que sospechosa y, al tiempo que apresuraba el paso gritó:

—¡Eh, usted, deténgase!

En lugar de obedecer, el hombrecillo emprendió una desesperada carrera. Mac Goonan soltó un juramento y echó a correr, desenfundando el revólver al mismo tiempo. De nuevo su vozarrón rompió el plácido silencio de la desierta calle:

—¡Deténgase o disparo!

Para convencer al fugitivo de que su amenaza no era vana, hizo un disparo al aire. La detonación retumbó como un trueno,

haciendo que el hombre que huía vacilase unos segundos. Pareció que iba a detenerse al fin, incluso se volvió a medias para ver al pesado policía acercársele con el revólver en la mano. Entonces, de la oscura silueta que era el fugitivo brotó una llamarada y el estampido de una potente automática se mezcló con el eco del anterior disparo.

Mac Goonan notó agitarse el aire junto a su oreja al paso del tremendo proyectil. Se detuvo unos segundos, estupefacto. Dejó escapar un juramento y su revólver subió despacio buscando la línea de tiro.

Tras su pistoletazo, el fugitivo había reanudado su carrera. Casi alcanzaba la siguiente esquina cuando Mac Goonan disparó. Lo hizo apuntando a las piernas, como le habían enseñado a hacerlo. Nunca supo en qué lugar de la anatomía del fugitivo se hundió su bala. Le vio dar un traspié, soltar la cartera y, encorvado, dar vuelta a la esquina.

—¡Ya te tengo, bastardo! —masculló el guardia, reanudando la carrera.

Se detuvo unos instantes junto a la gruesa cartera de mano caída sobre la acera. La recogió con la mano izquierda, sin hacer caso de los gritos que resonaban en las ventanas abiertas, en todas las cuales comenzaban a asomar las cabezas de los vecinos, que habían visto romperse su sueño por el fragor de los disparos.

El policía comprobó que el portafolios pesaba lo suyo. Con él en la mano, dobló la esquina dispuesto a acogotar al bandido que se había atrevido a disparar contra él.

Pero no lo vio por ninguna parte. Estupefacto, recorrió la calleja de un extremo a otro, atisbó en los callejones que partían de ella y se convenció de que el hombre, herido sin lugar a dudas, había logrado esfumarse como si se hubiera desvanecido en el aire.

Perdió algunos minutos más recorriendo las callejas próximas sin el menor resultado. Otros guardias, atraídos por los disparos, se reunieron con él ayudándole en su búsqueda inútil, hasta que tanto él como los demás se convencieron de que estaban desperdiciando el tiempo.

Entonces, Mac Goonan buscó un teléfono de poste, comunicó con el Precinto al que pertenecía y dio escueta cuenta del suceso, informando que tenía en su poder la cartera del fugitivo.

Tras el informe, el sargento que lo recibía preguntó:

—¿Qué contiene la cartera, Mac Goonan?

—No lo sé. No la he abierto.

—Está bien, aguarde junto a ese teléfono. Ahora mismo sale un auto-patrulla para recogerle a usted. Que Stacy tome su ronda de momento, hasta que pueda ser relevado.

—Está bien, sargento.

Colgó. Stacy era un policía joven, cuya demarcación de patrulla era anexa a la de Mac Goonan. Al igual que otros guardias, estaba al lado de éste cuando cerró la pequeña cabina del teléfono. Aceptó filosóficamente la ampliación de su recorrido y se alejó pensando en sus cosas.

En cuanto a Mac Goonan, fue recogido por un coche-patrulla pocos minutos después. Cuando el auto emprendió la marcha dejó atrás a unos atareados policías conteniendo la morbosa curiosidad del vecindario.

En el Precinto, Mac Goonan fue recibido por un teniente llamado Forbes, hombre de pocas palabras, genio vivo y una indiferencia total hacia el mundo que quedaba más allá de sus obligaciones.

—¿Ha comprobado usted el contenido del portafolios? —preguntó, cuando el guardia dejó la cartera sobre su mesa.

—No, señor.

—Bueno, veamos...

Trató de abrirlo, pero estaba cerrado con llave y la cerradura era de un modelo extremadamente sólido.

—Nunca había visto nada semejante —gruñó—. Que alguien traiga un cuchillo.

Uno de los detectives que contemplaban la operación fue a su mesa y volvió con una navaja de mortal aspecto, recuerdo de un hampón detenido algún tiempo antes.

Forbes procedió a cortar el recio cuero alrededor de la cerradura. Fue una operación laboriosa, porque el teniente no quería causar demasiados destrozos en aquella pieza de convicción.

Todos los presentes, incluido el propio Forbes, esperaban encontrar cualquier cosa allí dentro, desde drogas hasta documentos secretos, de modo que estaban preparados para la eventual sorpresa. No obstante, al contemplar la catarata de billetes que

surgió del portafolios perdieron la facultad de hablar por algunos instantes.

Fue Mac Goonan el que primero la recuperó.

—¡Santo cielo! —jadeó—. ¿Cuánto dinero hay aquí, teniente?

Por toda respuesta, Forbes dijo con voz ahogada:

—¿Alguien más que usted ha tocado esta cartera, Mac Goonan?

—No, señor. Excepto usted, naturalmente.

—Está bien, trate de recordar qué lugares ha tocado con los dedos para señalarlos. ¿Sabe si el fugitivo llevaba guantes?

—No he podido verlo, pero no lo creo, señor. Con este calor habría llamado la atención en todas partes con unos guantes puesto.

—Sí, eso es cierto...

—Todo lo que yo he tocado ha sido el asa, señor. Y quizá la parte inferior cuando venía en el auto.

Forbes trazó unos círculos con tiza allí donde recordaba que sus manos habían manipulado la cartera de cuero. Luego, marcó con tiza de otro color los que Mac Goonan señaló como probables huellas suyas. Tras esto, dejó de lado el portafolios y procedió a contar el dinero. Había billetes de cincuenta y cien dólares en apretados fajos. Cuando terminó dijo entre dientes:

—«Trescientos mil dólares justos».

Se miraron entre ellos. Forbes se levantó, sacó el pañuelo para protegerse la mano y volvió a introducir los billetes en la cartera.

Al teniente Forbes le habría gustado seguir adelante con el caso de los trescientos mil dólares, pero tenía demasiada experiencia para hacerse ilusiones. Pronto se lo quitarían de las manos para confiarlo a cualquiera mejor situado que él, con mejores relaciones, y por lo tanto, con mayores probabilidades de lucimiento.

En consecuencia, se entrevistó con el capitán del Precinto, al que informó de todo el asunto. Tras esto, llevó la cartera y los billetes al laboratorio personalmente, a cuyos peritos explicó lo que se esperaba de ellos, y hecho esto regresó a su oficina a esperar el resultado de todas estas gestiones.

El informe del laboratorio le llegó al amanecer. Había solamente tres clases de huellas digitales en el portafolios. Las suyas propias, las de Mac Goonan y otras pertenecientes a una mano pequeña, de piel fina, pero sin duda debidas a una mano de hombre.

—Bueno, ¿y ahora qué? —Gruñó Forbes para sí.

Tomó las cartulinas en donde estaban reproducidas las huellas del fugitivo y con pasos cansinos se dirigió al fichero del Precinto. Tras media hora de laboriosa búsqueda quedó convencido de que en sus registros no figuraban semejantes marcas, de modo que remitió copias de las mismas a la Jefatura Central, acompañándolas de una breve nota urgiedo una respuesta inmediata.

Amaneció, llegó el relevo y Forbes, contrariando sus costumbres, permaneció en el Precinto.

Minutos después de las nueve recibió la respuesta a su petición: Tampoco en los ficheros de la Jefatura Central había referencias de las huellas dactilares que le interesaban.

Sólo quedaba una gestión por hacer al respecto, y Forbes la realizó antes de abandonar su despacho. Tomó un grueso sobre de papel manila, introdujo otras copias de las huellas, lo cerró y escribió la dirección de las oficinas centrales del F.B.I., en Washington, con una petición de que fueran confrontados sus mastodónticos archivos en busca del propietario de aquellas marcas.

Sólo cuando el sobre estuvo en camino accedió a retirarse, no sin antes asegurarse de que todos los hombres disponibles estaban ocupados buscando en las clínicas, hospitales y farmacias el rastro de un hombrecillo herido de bala.

Durante los dos días siguientes, el teniente Forbes no cesó de pensar en aquel asunto. Los trescientos mil dólares habían sido depositados como pieza de convicción. No había nada que hacer mientras no llegasen las noticias del Departamento Federal de Investigación. Tampoco se había descubierto el menor rastro del fugitivo herido. Forbes comenzaba a desesperar, pocas horas antes de un nuevo relevo, cuando recibió la orden de presentarse en el despacho del capitán.

Pensando que iban a quitarle de las manos el caso que le fascinaba, subió las escaleras, dio unos golpecitos en la puerta de madera deslucida y acto seguido entró.

Una mirada al rostro del capitán Genner le bastó para comprender que el humor de éste no era el más adecuado para llevarle la contraria. Genner manoseaba unos documentos y sus ojillos lanzaban destellos de indignación.

—Siéntese, teniente.

Forbes se dejó caer en una incómoda silla. Con rostro impassible

se dispuso a aguantar el vendaval.

El capitán gruñó:

—Usted envió una huellas a Washington pidiendo que las comprobasen.

Fue dicho en tono acusatorio. El teniente se estremeció.

—Efectivamente, señor.

—¿De dónde las sacó usted?

—Del portafolios que contenía los trescientos mil dólares, por supuesto.

—Usted es un buen oficial, teniente... por lo menos lo ha sido hasta ahora; pero cometa otra estupidez de ese calibre y volverá a dar patadas por las calles vistiendo el uniforme. ¿Qué maldito embrollo se hizo usted con las huellas, y de dónde mil diablos sacó las que envió al F.B.I.?

Atónito, Forbes pestañeó. Ése fue el único movimiento que hizo. Estaba tan rígido como un poste.

—De la cartera, capitán —insistió, con la seguridad del hombre que está convencido de tener toda la razón.

—Sí, ¿verdad?

—¿Puede decirme qué ha sucedido? Ésas fueron las huellas que había en el portafolios, junto a las mías y las del patrullero Mac Goonan. Los peritos del laboratorio pueden atestiguarlo...

—Hablaré después con esos chicos listos. Ahora estoy hablando con usted. Esas huellas no podían estar en la cartera. Ni en ninguna otra parte, dicho sea de paso. Quizá pertenecían a alguna ficha remota que se traspapeló, pero jamás pudieron estar en ese portafolio.

—¿Por qué no?

Por toda respuesta, Genner le mostró la fotocopia de una extraña ficha, escrita en un idioma que Forbes desconocía por completo. En ella había una reproducción de huellas dactilares correspondientes a diez dedos y una fotografía.

—¿Qué es eso, señor?

—Una ficha, por supuesto.

—Pero...

—Está en alemán.

Forbes fijó la mirada en el rostro que tenía ante sí. Era el de un hombre de unos treinta años, de aspecto débil, pero de ojos

sumamente inteligentes. Llevaba el cabello peinado hacia atrás completamente liso.

—¿Y bien? —balbuceó.

—Ésas son las huellas que usted remitió a los federales, convirtiendo nuestro Precinto en el hazmerreír de Washington. Y cuando el asunto trascienda a la jefatura las carcajadas van a escucharse en el Polo Norte. ¿Qué tal le suena eso, teniente?

Forbes no pudo responder, totalmente desconcertado. El capitán añadió, acusador:

—Eso es lo que consiguió con su genial idea. Y ahora, ¿quiere usted decirme de dónde infiernos sacó esas malditas huellas?

Con voz estrangulada, Forbes susurró:

—De la cartera, señor...

El capitán Genner dio un salto.

—¡Basta! ¿Sabe usted de dónde procede esta ficha? —gritó, señalando la extraña cartulina que tenía sobre la mesa—. ¡Es una fotocopia de la ficha de un hombre llamado Tandowsky! Un judío polaco que murió gaseado en el campo de concentración y exterminio de Ebensee, en el año 1945. ¿Qué le parece, teniente?

El aludido siguió rígido, escuchando lo que era imposible de comprender.

Tras un largo silencio, susurró:

—Tal vez no murió, señor...

—¿No? En este informe confidencial consta que su cadáver fue identificado, retirado por sus familiares cuando las tropas americanas se apoderaron de Ebensee, y enterrado según los ritos de su religión. Además, el comandante del campo llevaba un registro meticuloso de todos los que entraban en su feudo, fichándolos. Después, cuando eran exterminados, en cada ficha anotaba de su puño y letra: *Fallecido*. Y, en esta ficha, hay también esta anotación. Tandowsky murió en las últimas horas de Ebensee, cuando ya nuestras tropas habían cercado el campo. ¿Qué le parece eso?

—No lo comprendo, señor. Esas huellas me fueron remitidas por el laboratorio...

—Ahora nos ocuparemos de eso —bufó el capitán Genner, encaminándose a la puerta.

Los peritos del laboratorio mantuvieron su criterio de que

aquéllas eran las huellas que habían descubierto en el portafolios. Para demostrarlo, sacaron éste, y en presencia del capitán volvieron a sacar las huellas.

Eran idénticas a las que habían sido remitidas a Washington.

—Genner perdió el habla por unos instantes. Después, salió como una tromba en dirección a la Jefatura Central.

Así fue como la maquinaria se puso en marcha.

CAPÍTULO II

LIO DE PAPEL Y TINTA

El experto de la Tesorería dejó de manosear los billetes, se libró de los lentes y miró parpadeando a los dos hombres que esperaban silenciosamente su veredicto.

—Esos ejemplares pertenecen a la emisión de 1945 —dijo con voz pausada.

El Secretario de Justicia parpadeó tras los lentes.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Absolutamente, seguro, señor.

El otro hombre, Frank Carella, encorvó un poco sus poderosos hombros al inclinarse sobre la mesa.

—Sin embargo —dijo—, son completamente nuevos.

—En efecto. Me ha llamado la atención ese detalle. Deben haber estado guardados en perfectas condiciones durante años.

—¿Son en verdad auténticos? —indagó Carella.

—¡Por supuesto!

—¿Cómo pueden guardarse los billetes durante veinte años sin que el papel delate el paso del tiempo?

El experto se encogió de hombros.

—Tal vez —opinó—, en una cámara estanca, en un completo vacío.

—¿Por qué alguien tendría que tomarse todo ese trabajo para conservar trescientos mil dólares?

El hombre de la tesorería miró de soslayo al desconocido que le disparaba pregunta tras pregunta.

—Ésa es una respuesta que no estoy en condiciones de facilitarle, señor —masculó—. Todo lo que yo puedo decirles es que ese dinero es perfectamente válido. Son billetes de curso legal,

de la emisión de mil novecientos cuarenta y cinco, muy bien conservados. En cuanto a las huellas que el tiempo haya dejado en el papel, he de aclarar que, realmente, se apreciaba un cierto oscurecimiento en el color, aunque no tan fuerte como sería natural con el transcurso de los años.

—¿Pueden ser falsificados?

—No.

La rotunda respuesta pareció cortar en seco las preguntas de Frank Carella. De nuevo, la mirada del experto escrutó aquellas recias facciones, de expresión un tanto amargada, y aquellos ojos grises, inexpresivos y casi inquietantes. Una vez más se preguntó quién diablos sería aquel hombre por el que el Secretario de Justicia parecía sentir cierto afecto.

Con voz pausada remachó:

—No se trata de dinero falsificado, si es eso lo que les inquieta. Pueden someter los billetes a todas las pruebas que crean convenientes, pero perderán el tiempo. ¿Pudo hacer alguna otra cosa por ustedes, señores?

—No, gracias. Ha sido usted muy amable —murmuró el Secretario de Justicia con tono distraído.

Cuando quedaron solos, su mirada se humanizó un poco al fijarse en el hombre que esperaba su decisión.

—¿Qué opina de esto, Frank?

Carella se encogió de hombros.

—No sé qué decirle, señor. Si son auténticos, entonces alguien se tomó muchas molestias para conservarlos en perfecto estado. Por supuesto, no voy a discutir la opinión de un experto del Departamento del Tesoro; sin embargo, creo que hay algo extraño en ese dinero.

—¿Extraño?

—¿Por qué huyó el hombre que lo llevaba? Y, por otra parte, ¿por qué ese hombre esperó más de veinte años para sacar esos billetes de su escondrijo?

—Tal vez le gustaría averiguarlo, Frank —insinuó el impecable Secretario de Justicia.

Carella esbozó una pálida sonrisa.

—¿Es una orden, señor?

—Verá, muchacho; la policía no ha podido descubrir la menor

pista en este caso. El hombrecillo se esfumó. El dinero tampoco ofrece indicación alguna. Y, encima de todo esto, recuerde que el fugitivo se atrevió a disparar contra un policía de uniforme.

—Ya veo... Y por si algo faltaba en ese cuadro, las huellas dactilares del fugitivo corresponden a un hombre muerto en un campo de exterminio alemán, el mismo año en que esos billetes fueron emitidos... Me atrevo a suponer que es esa parte de la cuestión la que realmente le inquieta a usted. ¿No es cierto, señor?

—No voy a negarle que así es.

—Supongamos que me veo obligado a trasladarme a Alemania para bucear en el pasado...

—Tiene usted carta blanca, Frank, como siempre. ¿Dónde están actualmente sus compañeros?

—Sólo puedo disponer de Johnny Rugolo, señor. Brett y Lin Burke siguen todavía en Montevideo ultimando el caso que usted ya sabe.

—Tendrá usted que arreglarse, Frank.

—Bien. Necesitaré algunos de esos billetes. Quiero hacer algunas averiguaciones más respecto a ellos.

—Tome los que necesite.

Carella separó cinco de cincuenta dólares y otros tantos de cien, que guardó cuidadosamente en el bolsillo. Después indicó:

—Me gustaría que los periódicos dieran extensa información sobre ese dinero, y las circunstancias por las cuales llegó a poder de la policía. Sin olvidar el examen a que ha sido sometido por los peritos del tesoro. Usted puede facilitar esa información, ¿no es cierto?

—Lo haré. ¿Alguna cosa más?

—Eso es todo por el momento.

—Muy bien; creo que es mejor que salga usted ya, Frank. Y buena suerte.

—No confío en la suerte...

—¿Está usted pensando en algo concreto?

—No, señor. Sólo que, según los hombres que han estudiado la especialidad durante años, no existen dos juegos de huellas dactilares que sean idénticos en toda la tierra. Eso es lo que me preocupa.

—Ya veo...

Frank Carella estrechó la delgada mano de su interlocutor, giró sobre los talones y salió de la estancia.

Se detuvo en la acera, bajo el sol que se desplomaba sobre Nueva York. Entornó los ojos y miró la poco concurrida calle preguntándose a qué extremos le llevaría la nueva misión que acababan de confiarle. Ni remotamente podía suponer el huracán de violencia que estaba pronto a desencadenarse.

Tomó su coche y lo condujo despacio, a pesar del poco tráfico de aquella hora. No cesaba de pensar en la identidad de las huellas y en la perfecta conservación de unos billetes, guardados durante más de veinte años en unas condiciones incomprensibles.

Media hora más tarde, detenía el auto en un estacionamiento. Deambuló por las pintorescas calles hasta detenerse ante el escaparate de una vieja tienda de antigüedades. Empujó la puerta y entró, escuchando el tintineo de una campanilla en alguna parte remota, más allá de las sombras que velaban el fondo del abarrotado establecimiento.

Una voz gritó:

—¡Un momento!

Carella sacó un cigarrillo. Aguardó casi un minuto. Tras la espera, un hombre asombrosamente delgado, de baja estatura y cabeza coronada por una revuelta cabellera gris apareció como surgiendo de la nada.

—¡Caramba, Frank, muchacho! —aulló el anticuario—. ¿Qué viento te ha traído aquí?

—Hola, Randy. ¿Cómo marcha el negocio?

—No puedo quejarme. Randy Goochman es casi una institución en el gremio de las antigüedades, aunque algunas de ellas sean de reciente fabricación.

Se echó a reír, sacudiendo con insospechada energía le mano del jefe de *Los Justicieros*.

Carella sonrió abiertamente.

—Es agradable volver a verte —dijo—, aun de tarde en tarde, y a causa de tus conocimientos en numismática, pero de veras que me satisface verte con tan buen aspecto.

—¿Buen aspecto? Tonterías. Estoy hecho un desastre, muchacho. Creo que no queda ni una enfermedad cuyos bacilos no estén aposentados en mi pobre cuerpo. ¿Qué es eso de la numismática?

—Ha sido una idea repentina. ¿Tú puedes calcular la edad de un billete, aunque sea aproximadamente?

—Bueno, depende de la clase de billete y de las condiciones en que esté.

—Casi nuevos.

—Malo.

—¿Por qué?

—Cuanto más viejo es el papel moneda, más fácil resulta seguirle su «árbol genealógico». ¿De qué clase de billetes se trata, Frank?

—Dólares. Éstos.

Colocó los diez billetes sobre el mostrador. Randy Goochman enarcó las cejas.

—No comprendo dónde está la broma, muchacho. Eso es dinero actual.

—De la emisión de 1945, según opina el Departamento del Tesoro. Pero quiero que lo examines.

—¿De 1945? No cabe duda que ha estado muy bien guardado desde entonces... ¿Qué es lo que quieres concretamente?

—Saber cómo ha podido conservarse ese dinero totalmente nuevo durante más de veinte años.

—¿No se tratará de una falsificación?

—Ésa fue mi primera idea, pero resulta que son billetes auténticos.

—¿Sin la menor duda? Sabes muy bien que hay falsificadores asombrosamente hábiles.

—No hasta el extremo de engañar a los peritos del tesoro.

—Por supuesto que no. Bueno, entonces me pide algo casi imposible. ¿Cómo puedo saber...? Aguarda un instante.

Tomó los billetes y desapareció en las sombras. Su voz se oyó desde el interior, invitando a Frank a seguirle.

Carella gruñó:

—Prefiero aguardar aquí si no te importa.

Fumó varios cigarrillos antes que el pequeño anticuario hiciera acto de presencia.

—Muchacho, sigo sin comprender esto. Realmente ese papel es muy posible que tenga más de veinte años... Casi lo aseguraría, pero hay expertos a sueldo de los fabricantes de papel que podrían

confirmar esta impresión mía.

—Me basta tu opinión.

—Entonces, yo afirmaré que desde la fabricación del papel han transcurrido unos veintitantos años.

—¿Treinta quizá?

—No.

—¿Seguro?

El anticuario se encogió de hombros.

—No puede hablarse con seguridad con sólo un examen tan breve. Pero estoy dispuesto a jurar que tiene un mínimo de veinte años de edad.

—Eso es suficiente para mí. Ahora, dime cómo puede conservarse un buen paquete de billetes durante todo ese tiempo de modo que conserven ese aspecto de nuevos.

—En eso no puedo ayudarte, Frank. No soy un técnico en la materia. ¿Estás seguro que no se trata de una falsificación?

—Es dinero de curso legal.

—Bueno...

—Bueno...

—¿Por qué insistes en que puede ser falsificado?

—No te dispares, muchacho. Ha sido una sugerencia. No obstante, tengo la impresión de que las tintas son demasiado «vivas» para que hayan estado sobre el papel veinte años.

Carella arrugó el entrecejo.

—Más claro, Randy.

—¿Qué quieres que te diga? Se necesitarían multitud de análisis y unos medios de los que carezco para averiguarlo con certeza. Pero en mi modesta opinión, ese dinero tiene «algo» raro...

—Pero reconoces que han pasado más de veinte años desde su fabricación.

—El papel tiene esa edad... pero quizá la tinta no la tenga.

Frank Carella dio un respingo. Sus ojos grises chispearon de entusiasmo.

—Ahora creo que has dicho algo, Randy... —se interrumpió de repente y sacudió la cabeza de un lado a otro—. Pero no es posible que ese dinero falsificado. Nadie es capaz de falsificar dólares capaces de engañar a los expertos del Departamento del Tesoro aunque utilice papel de veinte años atrás.

—Aparte de que el papel destinado a la fabricación de moneda no está al alcance de nadie, excepto del Gobierno.

Carella asintió, pensativo.

—No obstante —decidió—, haré que un técnico lo analice. Creo que me has dado una buena idea, Randy.

—Celebraré que te sirva de algo. Y ahora, ¿puedes decirme a qué obedece tu interés por ese dinero?

—Lo creas o no. Randy, estoy siguiéndole la pista a un hombre que murió hace veintiún años.

El anticuario enarcó las cejas, estupefacto. Luego sonrió, encogiéndose de hombros.

—No te comprendo, pero ya supongo que si no me dices más es porque no puedes. Vuelve cuando quieras. Mis puertas están siempre abiertas para ti.

—Gracias, viejo.

Se estrecharon las manos. Carella volvió a guardarse los billetes y abandonó la pintoresca tienda con nuevas ideas danzando en su mente.

CAPÍTULO III

LAS HUELLAS DEL PASADO

El enorme avión realizó un aterrizaje perfecto, guiado por las luces que bordeaban la pista y las instrucciones de la torre de control. Luego, majestuoso, se deslizó hasta la plazoleta frontera a las grandes puertas de cristal. Los motores cesaron de rugir. Potentes focos convertían en día la oscura noche. Ráfagas de viento agitaban las sombras, más allá de las luces y del movimiento del aeropuerto.

Los pasajeros descendieron uno tras otro. Frank Carella fue el décimo en hacerlo, cargado sólo con un pequeño maletín. Siguió a los demás mirando a su alrededor con curiosidad.

Los trámites de aduana fueron rápidos y eficaces. Su pasaporte le fue devuelto en menos de un minuto y entonces tomó el maletín, apartándose de los otros viajeros.

Distinguió a los dos hombres en un extremo de la espaciosa sala. Uno vestía de paisano, pero el otro lucía el uniforme de mayor de las fuerzas estadounidenses estacionadas en Alemania. Decididamente echó a andar hacia ellos. Ya antes de llegar notó sus escrutadoras miradas fijas en él.

—Tengo la idea de que es a mí a quien están esperando —dijo por todo saludo, depositando el maletín en el suelo.

—Posiblemente —rezongó el mayor—. ¿Cuál es su nombre?

—Frank Carella.

—¿De dónde viene?

—Nueva York.

—Se nos ha informado que traería ciertas cartas de presentación.

¿Podemos verlas?

—Seguro, si son ustedes quienes deben leerlas.

Ambos no pudieron ocultar una sonrisa. Aquélla era la respuesta exacta que identificaba a Carella mejor que su nombre.

—Tenemos un coche esperando —habló el de paisano por primera vez—. Mi nombre es Anthony Jasper, y mi acompañante el mayor Ansum.

El aludido aclaró:

—Debe usted saber que el capitán Jasper pertenece al Servicio de Seguridad del Ejército.

—Se me informó de ello en Nueva York, mayor. También me dijeron que ustedes podrían facilitar mi labor y que por eso estarían aguardándome aquí, en Frankfort. Cuando quieran, señores.

El coche que aguardaba era un «Cadillac» cerrado, negro, sin ningún distintivo oficial, sólo la matrícula de la serie de las fuerzas americanas.

El capitán Jasper fue el encargado de conducir, mientras Carella y el mayor tomaban asiento en el compartimiento trasero. Cuando el auto estuvo en marcha, el capitán dijo, sin volver la cabeza:

—¿Le importaría darnos algunos datos de la clase de trabajo que se propone realizar?

—Lo siento, es una misión secreta.

—Ya lo imaginaba —comentó Jasper, riendo—. ¿Federal?

—No.

—Comprendo. *C.I.A.*

—Tampoco.

—Ahora es cuando empiezo a preocuparme —añadió el capitán con cierta ironía—. Si no es un agente del F.B.I., ni pertenece al servicio de información... ¿quién diablos es usted?

—Frank Carella, por supuesto.

—Sí, eso ya lo dijo antes...

El mayor dejó escapar una risita.

—Está perdiendo el tiempo, Jasper. Nuestro huésped no parece muy dispuesto a satisfacer su curiosidad... Ni la mía, dicho sea de paso.

—Tengo una misión que cumplir, y órdenes estrictas de cómo debo comportarme. No me es posible complacerles en su curiosidad. Por lo demás, estoy a su disposición.

—Que es lo mismo que si no nos hubiera dicho nada —rezongó el capitán—. Está bien, no me quejo. ¿Qué espera que hagamos,

además de acompañarle al Hotel Palace?

—Hablares mejor después que haya tomado un buen baño. Me siento agotado y hambriento. ¿Qué tal es el ambiente nocturno por aquí?

—No hay ambiente alguno —aclaró el mayor—. Frankfort, de noche, es la ciudad más aburrida de cuantas pueda usted haber visto. Me gustaría ser trasladado a Hamburgo... o Berlín. Aquello es distinto.

—Yo estuve en Hamburgo más de un año —dijo el capitán—. Y en los buenos tiempos, no crea... cuando una pastilla de chocolate o un paquete de cigarrillos tenían un valor casi mítico. ¡Qué noches aquéllas, madre mía!

—Deje de soñar. Estamos llegando al hotel.

La advertencia del mayor tuvo la virtud de enmudecer al parlanchín Jasper, quien maniobró para estacionar frente a la brillante entrada del enorme edificio. Carella levantó la mirada para ver la espectacular fachada, que se elevaba como un obelisco de acero y cristal hasta perderse en la oscuridad del cielo.

Detrás de él, Jasper comentó:

—Magnífico, ¿no le parece? Pero debiera usted haber visto Frankfort después de la guerra. Puede decirse que ha renacido de sus cenizas. No quedó apenas nada...

Carella penetró en el vestíbulo. Minutos más tarde estaba en la habitación reservada, duchándose y pensando en los dos hombres que le esperaban en el bar del hotel. Decidió que no debía dejarles entrever siquiera la naturaleza real de su misión, excepto en los detalles que fuera indispensable revelarles a causa de su colaboración.

Cuando se reunió con ello, ambos iban por el tercer *whisky* y hablaban animadamente.

—Beberá un trago antes de cenar —decidió Jasper—. Le advierto que el *whisky* es excelente.

Carella convino en que así era, tan pronto probó un sorbo del que le sirvieron. Entonces, el mayor indagó:

—Sea lo que sea que debemos hacer por usted, ¿es preciso empezarlo esta noche?

—Por el momento, sólo mantendremos un cambio de impresiones respecto a algunos puntos. El trabajo lo iniciaremos

mañana. ¿Conforme?

—Usted es quien lleva la batuta. Empiece.

Frank Carella apuró la mitad de su *whisky*, encendió un cigarrillo y, sin preámbulos, espetó:

—Necesito ver los archivos que fueron confiscados en el campo de concentración de Ebensee. Según mis noticias, están en esta ciudad.

Los dos hombres no pudieron contener un gesto de estupor.

—¿Y para eso ha realizado usted el viaje a Frankfort? —exclamó el mayor Ansum—. Hay copias exactas de todos los ficheros, las actas y todos los documentos que fueron encontrados en el campo. Y esas copias están en Washington...

—Ya lo sé, pero lo que me interesa son los originales.

—De acuerdo, a primera hora de la mañana podrá usted examinarlos. ¿Qué más?

—Se me informó que algunos de los guardianes del campo de Ebensee están vivos, incluso en libertad después de cumplir distintas condenas. ¿Alguno de ustedes podría indicarme dónde encontrarlos?

Jasper meneó la cabeza.

—Eso va a ser más problemático. Esos hombres, después de abandonar las cárceles en que estuvieron alojados, se dieron buena maña para desaparecer. Sus pasadas hazañas no eran ninguna recomendación precisamente para iniciar una nueva vida.

—Ya contaba con que habría dificultades, pero deberán ayudarme a localizar a alguno de ellos por lo menos.

Resignadamente, los dos oficiales asintieron con un gesto. Luego, esperaron a que el recio inquisidor siguiera con sus deseos.

Y Carella soltó de repente:

—¿Qué se hizo del comandante del campo?

—Fue ahorcado, por supuesto. Juzgado en Núremberg y declarado culpable, lo colgaron junto con otros criminales.

—¿Se salvó algún oficial?

Los dos hombres se miraron, cada vez más asombrados.

Fue el mayor Ansum quien dijo con voz dubitativa:

—Eso será preciso consultarlo en los archivos... pero personalmente opino que no. Sólo algunos guardianes fueron encarcelados en lugar de ahorcarles.

—Ya veo... ¿Qué tal si vamos a cenar?

Carella comió con excelente apetito, no así sus dos acompañantes, a los cuales la creciente preocupación comenzaba a restar energías.

Al terminar la cena, Carella comentó:

—Por la mañana veremos esos archivos. Después, ustedes podrán destinar a algunos hombres a seguir la pista de los guardianes de Ebensee que haya por las cercanías.

—Dígame, Carella —rezongó el mayor—. ¿Va usted a la caza de un criminal de guerra nazi?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿cuál es su interés? Le confieso que me desconcierta.

—Más le desconcertará si le digo la razón de todo esto, porque la verdad es, mayor, que ando detrás de un hombre que murió hace veintiún año, en Ebensee.

—¡Que me cuelguen! —estalló Jasper—. ¿Quién fue ese tipo tan importante?

—Se llamaba Tandowsky. Es cuanto puedo decirles.

—Seguimos peor que al principio, pero en fin, allá usted. ¿A qué hora le parece que pasemos a recogerlo?

—¿Está bien a las nueve?

—Perfecto.

Se despidieron. Tras estrechar sus manos, Carella los miró partir con el ceño fruncido. Pensó que el largo y tranquilo período de ocupación había dejado también su huella en los oficiales americanos, relajándoles, convirtiéndoles en acomodaticios burócratas...

Cuando volvió a su habitación lo hizo preocupado por la extraña misión que le había caído en suerte. Perseguir a un muerto...

Si fuera supersticioso, monologó, cruzaría los dedos, o tocaría madera...

Lo único que tocó fue el acero de su pavonada «Magnum 389», dejándola al alcance de la mano antes de acostarse. Ella podría ser su suerte en cualquier momento crítico.

CAPÍTULO IV

VIEJOS DEMONIOS

Todo lo que sacó claro de los archivos fue que Leonid Tandowsky fue muerto veinticuatro horas antes de que el campo de Ebensee fuera ocupado por las tropas norteamericanas. Volvió a contemplar la cara afilada del judío polaco, que ya viera en Nueva York, en la fotocopia de aquella ficha. Leyó los demás detalles, convenciéndose de que poco iba a obtener por aquel medio.

Tras depositar los documentos en el lugar correspondiente, encendió un cigarrillo y comentó, dirigiéndose al mayor Ansum:

—Sería interesante averiguar cuántos reclusos fueron asesinados al mismo tiempo que Tandowsky, y quiénes eran... ¿Cree usted que podríamos saberlo en breve plazo?

—Pondré a uno de mis hombres a revisar todo el fichero. En cada ficha consta la fecha de su muerte. Podrán confeccionar una lista completa.

—Magnífico. Advierta a quien se encargue de esa tarea que me interesa el nombre de cada víctima y sus circunstancias personales.

—Entendido, pero sólo de los que murieron junto al polaco, ¿no es así?

—Amplíe la lista con los muertos el mismo día, aunque sea a distintas horas, Y ahora, ¿cree que Jasper tendrá alguna noticia?

—¿Respecto a los guardianes? Lo dudo; hace solamente unas horas que sus muchachos están rastreándolos.

—No obstante, vayamos a ver si ha habido suerte...

—No le gusta desperdiciar el tiempo, ¿eh?

—Hay ocasiones en que el tiempo tiene un valor inmenso. Presiento que ésta es una de ellas.

El capitán Jasper les recibió con actitud rebosante de

satisfacción, orgulloso de poder demostrar su eficiencia.

—Ya tenemos uno —anunció triunfalmente—. ¿Va usted a verlo inmediatamente, Carella?

—Sin perder un instante.

Jasper le entregó una hoja de papel en la que había anotado el nombre del ex guardián, y su dirección. Al mismo tiempo, se dispuso a acompañar al dinámico investigador, lo mismo que el mayor Ansum.

No obstante. Carella les advirtió:

—Prefiero realizar esta visita yo solo, señores. Tal vez así ese hombre se confíe con más facilidad.

A regañadientes, los dos hombres accedieron a quedarse en aquella especie de segundo plano. Antes de partir, Carella todavía les recodó:

—Es preciso encontrar a otros ex guardianes... Lo que uno no sepa puede saberlo otro. Me pondré en contacto con ustedes después de mi entrevista con ese pájaro.

Jasper y el mayor le vieron partir sin tratar de ocultar su profundo disgusto. Realmente, no estaban acostumbrados a supeditarse a un individuo civil, y meaos sin saber siquiera quién o qué era en realidad...

Era un hombre excesivamente gordo, que regentaba una pequeña tienda de comestibles. Carella se detuvo en la puerta y le examinó. Apenas si le quedaba un mechón de cabellos sobre su gran cabeza. Su tez era pálida y fofa, y había profundas bolsas bajo los párpados.

Al fin se decidió a entrar.

—¿Es usted Artfull? —preguntó sin rodeos.

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero hacerle unas preguntas...

—Usted es americano, ¿verdad?

—En efecto.

—Habla bien el alemán...

—Y usted el inglés. Lo he sabido al examinar su ficha.

Un rictus amargo asomó a la cara fofa del hombre.

—¿Qué quiere usted? Me dejaron en libertad hace unos años... Cumplí toda la condena, sin un solo día de bonificación. Dijeron que podía reanudar mi vida normal porque ya nadie volvería a

molestarme... Y ahora aparece usted...

—No pretendo causarle ningún perjuicio, solamente formularle unas preguntas respecto a los últimos días del campo. ¿Cree que podemos hablar aquí?

—Mientras no entre ningún cliente sí...

—Bien, ¿recuerda usted los últimos días de Ebensee?

—Con todo detalle... Es algo que no podré olvidar mientras viva.

—¿Conocía usted el nombre de los presos?

—Sólo de algunos... pocos en realidad. No eran más, que un número para nosotros.

—El nombre de Leonid Tandowsky, ¿le recuerda a alguien en particular?

—Tandowsky... —arrugó la sudorosa frente en un inútil esfuerzo para volver al pasado. Al fin masculló:

—¿Sólo para interrogarle?

—¿Está usted seguro?

—Todo lo seguro que puede estar alguien con la memoria hecha polvo... Creo que mis recuerdos se circunscriben a aquellas últimas horas... en los terribles acontecimientos que...

—Eso no me interesa —le atajó Carella, impaciente—. Ese Tandowsky fue eliminado el último día junto con otros. Consta en la ficha que se conserva. Necesito averiguar quién era, cuándo ingresó en el campo y de dónde procedía, así como quiénes fueron muertos con él.

—Temo que no podré ayudarle...

—Por lo menos, la fecha de ingreso y su oficio.

—No hay nada de eso.

—Es extraño... se acostumbraba anotar esos datos...

—¿Quién cree usted que podría darme detalles de Tandowsky?

—No lo sé... Para entonces reinaba una enorme confusión en el campo. Se cumplían las órdenes a rajatabla pero de manera automática, impersonal, como si fuera otro quien lo hiciera, ¿entiende? Todos sabíamos que la guerra estaba perdida y que en cuestión de horas seríamos barridos... estábamos seguros que nos fusilarían...

—¿Quién se encargaba de mantener al día los ficheros?

—El comandante en persona. No permitía que ningún otro

oficial los tocase siquiera.

Y el comandante fue ahorcado en Núremberg...

—En efecto, señor.

—Forzosamente debía existir alguien de su confianza... algún oficial que estuviera en situación de remplazarle en un caso de necesidad... ¿Sabe usted si había algo de eso?

—Como no fuera Kurt...

—¿Kurt?

—Se llamaba Kurt Hertenbach y era sargento de S.S. Tenía mucho ascendiente sobre el comandante porque llegó al campo respaldado por el mayor Kuhlmann.

—¿Y quién era éste?

—¿Kuhlmann? Llevaba las insignias de las S.S., pero su poder era terrible. Hasta el comandante se estremecía cuando oía su nombre. Por entonces se decía que el mayor estaba a las órdenes directas de Himmler, y que sólo a él rendía cuenta de sus actos.

—Volvamos a ese recomendado de Kuhlmann, o lo me fuera. ¿Cree usted que pudo tener acceso a los ficheros?

El gordo tendero se encogió de hombros.

—Es posible. Todos le teníamos mucho respeto por entonces.

—¿Y qué se hizo de él?

—Cumplió una larga condena, aunque primero fue condenado a muerte. No obstante, le fue conmutada la sentencia, aunque no puedo imaginarme por qué o por quién.

—Pero según usted ya está en libertad...

—Seguro, señor.

—¿Quién podría indicarme su actual paradero?

—Eso sí que no lo sé... Ya ve que hago todo lo que está en mi mano por complacerle, pero hay respuestas que desconozco...

—Le agradezco su colaboración, por supuesto —rezongó Carella, poco satisfecho con los resultados obtenidos hasta entonces—. Pero sí sabrá usted la dirección de algún otro ex guardián. Démela.

—Lo mismo que a usted.

—Siendo así... y mientras no le diga quién le ha dirigido, creo que podré indicarle dónde está actualmente Bleicher.

—¿Era también guardián de Ebensee?

—En efecto. También cumplió su condena y ha logrado rehacer su vida en un modesto negocio de carpintería.

Carella tomó nota de las nuevas señas, se despidió del gordo ex guardián y buscó un taxi para hacerse conducir a la dirección indicada.

Pero tampoco del tal Bleicher consiguió ningún dato de interés, excepto la dirección de otro compañero de éste.

Durante dos días, Frank Carella siguió aquella especie de cadena, de un ex guardián a otro, formulándoles las mismas preguntas, tratando de encontrar a alguien que recordase a Tandowsky, más sin resultado alguno.

Tampoco consiguió averiguar el actual paradero del ex sargento Kurt Hertenbach. Impaciente y desalentado, se reunió una vez más con el capitán Jasper.

—Nada —gruñó, sentándose al lado del oficial—. Tengo la sensación de que alguien se está burlando de mí. Todos los ex guardianes a quienes he interrogado me indican el paradero de algún otro, pero no saben una palabra de lo que realmente me interesa.

—Tómese un par de tragos y se sentirá mejor... ¿No ha podido saber nada de Hertenbach?

—En absoluto. Cualquiera sabe dónde está residiendo ahora.

Carella bebió unos sorbos de *whisky*. Encendió un cigarrillo y gruñó:

—Hay otro nombre en relación con Hertenbach... Tal vez sea importante. Tengo la impresión de haberlo oído o leído alguna vez.

—¿De quién se trata?

—Del hombre que respaldaba a Hertenbach, un tal mayor Kuhlmann...

Jasper detuvo el movimiento de llevarse el vaso a los labios. Casi se atragantó y durante unos instantes pareció a punto de ahogarse en un acceso de tos.

Carella le miró con curiosidad.

—¿Qué demonios le pasa a usted? —Gruñó.

—De modo que el mayor Kuhlmann, ¿eh? —comentó el capitán entre dientes—. Debí suponer que se trataba de algo así.

—No me diga que sabe dónde está Kuhlmann...

—Por supuesto que no. Nadie ha sabido jamás de él desde que terminó la guerra. La creencia general es que fue asesinado por orden de Himmler.

—Pero según mis noticias, él estaba a las órdenes directas de Himmler...

—Puede estar seguro de eso.

—Sigo sin comprender una palabra, capitán.

—No me asombra. En realidad, hace años que dejó de hablarse del mayor Kuhlmann y de sus secuaces. Pero la verdad es que él fue, bajo la dirección del mismísimo Himmler, el organizador de la célebre «Operación Bernhard», de la que estoy seguro de que ha oído usted hablar.

Carella sintió que todos sus nervios se estremecían. Un escalofrío de excitación recorrió su cuerpo. Con voz que apenas se oyó dijo:

—Ahora ha dicho usted algo «verdaderamente» interesante, Jasper...

—Pero usted debe saber también cómo terminó la «Operación Bernhard», amigo Carella...

—Seguro; en un cargamento de negros ataúdes, en dos de los cuales viajaron los cuerpos del matrimonio Berger, y en los otros millones de billetes falsos del «Banco de Inglaterra». Centenares de millones de libras esterlinas. ¿No es así?

—En efecto. ¿Es tras esto que anda usted?

—No.

—Vamos, vamos... El mayor Kuhlmann fue el cerebro que tramó toda la operación.

—Sé que los alemanes pusieron en marcha la mayor falsificación de libras esterlinas de toda la historia, con el fin de minar la economía británica... Muy bien, eso fue descubierto después de la guerra, cuando un aldeano se presentó a las autoridades de ocupación arrastrando una carretilla cargada de billetes... Pero a mí no me interesa en absoluto la «Operación Bernhard». Yo busco a un judío polaco llamado Tandowsky.

—Sí, ya sé; un tipejo que murió en Ebensee en el año mil novecientos cuarenta y cinco —soltó Jasper con sorna.

Carella no replicó, sumido en profundos pensamientos. Vislumbraba una especie de luz en la confusión que eran sus ideas, pero todavía no alcanzaba a comprender qué relación podía existir entre el judío asesinado en el campo de exterminio, la «Operación Bernhard» y los dólares que habían aparecido en un portafolios, en una calleja de Nueva York.

Como si hablara para sí murmuró:

—Las libras esterlinas eran idénticas a las emitida por Inglaterra...

—Fue una verdadera obra de arte conseguir tal perfección. Pero un experto del «Banco de Inglaterra» descubrió la falsedad, un tipo llamado Philip Reeves... Hizo un buen trabajo.

Carella se disponía a replicar cuando el mayor Ansum apareció con expresión satisfecha. Tras encaramarse a un taburete, pidió un *whisky* doble y contempló Carella con evidente ironía.

—Le he pescado un pez de primera categoría, amigo —anunció.

—¿Otro guardián de Ebensee?

—Seguro... Un sargento de nombre Hertenbach.

Frank dio un respingo que hizo vacilar el taburete en que estaba sentado.

—¿Kurt Hertenbach? —preguntó.

—El mismo.

—Es posible que al fin tengamos algo sólido en que apoyamos. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene una pequeña fonda en un suburbio. ¿Qué le parece si esta vez nosotros vamos con usted? Empiezo a cansarme de ese papel de segundón.

Carella pensó que ya no perdía nada con permitir que le acompañasen. A fin de cuentas, Jasper vislumbraba la verdad, o lo que muy bien podía ser la verdad, de modo que asintió y los tres abandonaron el bar, utilizando el coche del capitán para recorrer la larga distancia. Por el camino, Jasper aprovechó para poner al corriente al mayor de lo que habían hablado con Carella.

Ansum exclamó, al final:

—¡Pero, hombre, si aquello terminó hace años! Los ingleses recuperaron una ingente cantidad de millones de libras falsificadas, millares de documentos, pasaportes, las planchas... ¿Por qué lo desentierren ahora?

—Yo no he dicho que vayamos a desenterrar la «Operación Bernhard», mayor —replicó Carella. Usted, al igual que el capitán, olvida el verdadero objetivo de mi investigación.

—Está bien, pero no deja de ser sorprendente su interés por los hombres que estuvieron complicados en esa operación...

—¿Tandowsky trabajó en ella?

La ironía del jefe de *Los Justicieros* desarmó al mayor, quien rió por lo bajo.

—Usted gana —dijo—. Pero me gustará escuchar las preguntas que le formule a Hertenbach...

Sin embargo, no pudieron interrogar al ex sargento Kurt Hertenbach. Cuando llegaron a las inmediaciones de la fonda que regentaba, advirtieron el grupo de curiosos congregados ante la puerta, los policías que intentaban mantener el orden y la ambulancia estacionada junto a la acera.

Carella fue el primero en salir del coche. Jasper se dirigió a uno de los policías, al que interrogó en perfecto alemán.

La respuesta dejó a Carella rígido.

—Un asesinato —explicó el policía—. Un hombre acuchillado...

—¿Se sabe quién es?

El guardia se encogió de hombros.

—Supongo que el propietario del fonducho —dijo con indiferencia.

CAPÍTULO V

A UN PASO DE LA MUERTE

El inspector contempló a los tres extranjeros. No había cordialidad alguna en su mirada. Sólo el uniforme del mayor logró que accediera a sus deseos.

—El cadáver está en esa habitación —gruñó, señalando una puerta abierta—. Entren, pero no toquen nada.

Carella fue quien primero entró en el dormitorio. El cuerpo estaba extendido al pie de una vieja cama. Tenía una terrible herida en el cuello, casi de oreja a oreja. Se estremeció, pero una extraña excitación invadió su ánimo.

—No es Hertenbach —murmuró.

Jasper y el mayor se acercaron al cadáver. Ansum gruñó:

—¿Cómo puede saberlo, si no conocía usted a Hertenbach?

—Pero conocía a ese desgraciado. Era un ex guardián de Ebensee llamado Artfull. Fue el primero que interrogué.

—Vaya, vaya... Al fin tiene usted una pista segura, Hertenbach debe saber algo importante, además de carecer de escrúpulos. Se ha librado de quien representaba un peligro para él.

—Espere un minuto —refunfuñó Carella—. Artfull me dijo que desconocía el paradero de Hertenbach... que no sabía nada de él. También afirmó que el ex sargento era odiado por casi todos los guardianes... Sin embargo, no cabe duda que acudió a ver a su ex jefe... ¿por qué me mintió, indicándome, no obstante, la dirección de otro guardián?

—No me pregunte eso a mí —dijo Jasper entre dientes—. Usted es quien ha estado removiendo el asunto, de modo que debe saber todas las respuestas.

Frank Carella no replicó. Su mente funcionaba con implacable

precisión, dándose cuenta de que, de cualquier manera, estaba sobre una buena pista.

Esperó a que el cuerpo fuera retirado antes de encararse con el inspector que se encargaba del caso.

—¿Ha registrado usted el cuarto? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Algún hallazgo particularmente interesante?

—Ninguno. ¿Qué interés es el suyo por ese suceso?

—He venido de los Estados Unidos para encontrar a un hombre. Tengo el convencimiento de que el propietario de esta fonda podría orientarme. Es cuanto estoy autorizado a revelarle, señor.

—Conforme. Nos ha ayudado la identificación que ha efectuado usted. ¿Puedo hacer alguna cosa más en su obsequio?

—Nada, gracias. A propósito, ¿ha encontrado el pasaporte de Kurt Hertenbach?

—No... pero no sabemos si lo tenía.

—Apuesto que sí...

Carella abandonó la casa del crimen sintiéndose desconcertado. Estaba seguro que tenía un buen camino ante los ojos, una senda segura por la que seguir adelante. Pero se hallaba en una encrucijada de la que partían distintas rutas. Lo difícil era saber cuál debía elegir...

Se despidió de Jasper y del mayor a la puerta de su hotel. Tan pronto estuvo encerrado en su habitación se desvistió, entrando bajo la ducha. Mientras el agua fría se deslizaba por su cuerpo tomó la determinación de registrar el piso de Hertenbach personalmente. Quizá hubiera allí algo que, para el inspector, careciera de importancia, pero que para él resultase de interés. Seguramente, Hertenbach había escapado precipitadamente después de matar a Artfull, de modo que no tuvo tiempo de llevarse demasiadas cosas ni de destruir posibles pistas comprometedoras...

Esperó hasta la noche y entonces volvió al fonducho. No empleó ningún taxi, sino que anduvo por las desiertas callejas de aquel distrito, uno de los menos atractivos de la ciudad, quizá por estar poblado de grandes industrias. Incluso algunos solares sin edificar, cercados provisionalmente, recordaban las cicatrices que la guerra dejara en las entrañas de Frankfort.

Los alrededores de la fonda estaban a oscuras. Sólo una luz

amarillenta se desparramaba por la acera, surgiendo de la puerta del establecimiento.

Carella se detuvo para encender un cigarrillo. Entonces advirtió los pasos a su espalda. Se puso rígido, pero ya era demasiado tarde para intentar una lucha con ventaja.

Una voz gutural ordenó en alemán:

—¡No te muevas o te mato!

Carella se volvió poco a poco. Se encontró ante un hombre rechoncho, de cabeza rapada. Empuñaba una pistola de gran calibre.

—Muy teatral —grafio—. ¿Qué sigue ahora?

Tres sombras más surgieron de la noche, como materializadas de la nada. Todos aquellos hombres empuñaban pistolas automáticas. El rechoncho rió siniestramente.

—Haremos teatro contigo de protagonista, extranjero. Sigue calle abajo y no intentes ninguna treta. Cuatro pistolas son demasiadas para que puedas escapar.

—¿Le has registrado, Hans?

—No...

—¡Qué listo...!

Unas manos expertas le despojaron de su potente «Magnum». Tras asegurarse de que no llevaba más armas le dieron un empujón.

—¡Camíne!

Anduvo con dos de los rufianes colocados a sus flancos. Los otros dos les seguían a unos pasos de distancia.

Secas indicaciones le guiaron en el dédalo de callejas. Enormes chimeneas humeaban en las alturas y la atmósfera estaba impregnada de polvillo de carbón. Los grandes pabellones de las fábricas se erguían aumentando las sombras que lo envolvían todo.

—¡Alto ahí!

La seca orden le inmovilizó. Pudo ver que estaban ante el portalón de un destartalado edificio semejante a un espacioso almacén, más al entrar descubrió que sólo quedaban en pie las paredes. Todo el gran solar era un montón de ruinas entre las que crecía la hierba.

—Hacia la derecha —le indicaron—. Y no se apresure...

Le llevaron hasta una semi derruida casamata de madera, cuya puerta colgaba de uno de sus goznes. De alguna parte surgió el

brillo de una linterna, mostrando los primeros peldaños de una escalera que se hundía en la tierra.

—Abajo.

Descendió con cuidado. Al final de la escalera se extendía una pequeña explanada de cemento resquebrajado. Después, seguía un estrecho pasillo con paredes también de cemento, al final del cual una puerta cerrada lo detuvo.

Uno de sus raptos se colocó a su lado, abriéndola. Una catarata de luz se desparramó procedente de una espaciosa habitación. Un empujón arrojó a Frank Carella al centro de la estancia.

Vio que todavía quedaban viejas calderas de calefacción, herrumbrosas y casi cayéndose en pedazos. En un rincón, unas cajas de madera con inscripciones en alemán mostraban la carcoma del tiempo.

También era vieja la mesa escritorio instalada en otro ángulo, y las sillas; hasta el hombre que permanecía sentado el otro lado de la mesa era viejo, aunque fuerte y con una despiadada luz en sus pupilas de un color exóticamente claro.

—Ahí lo tienes —anunció uno de los raptos de Frankie—. El *yanky* parece un tipo fuerte, ¿eh?

El hombre de ojos claros estudió a Carella como si estuviera ante un ejemplar de una especie desconocida. Se levantó. Era tan alto como el prisionero, de hombros enormes, aunque hundidos por los años. En sus buenos tiempos debió ser un hombre formidable. Sus grandes manos estaban cubiertas por espeso vello.

—¿Habla usted alemán? —preguntó con voz de soberbia.

—Sí.

—Usted me buscaba. Soy Kurt Hertenbach.

Frank Carella sintió un escalofrío ante aquella mirada cruel e insensible. No obstante, dijo con perfecta calma:

—Hubiese preferido encontrarle en otras circunstancias, Hertenbach.

—Puedo comprenderlo.

—¿Por qué mató a Artfull? Era un infeliz.

—Precisamente por eso. No era de fiar.

—Ya veo. ¿Por qué me ha traído aquí?

—Porque éste es un lugar ideal para interrogarle. Hay muchas cosas que quiero saber. Después le mataré.

Lo dijo con una voz sorprendente calmosa. Los otros mantenían silencio.

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que está usted rematadamente loco, Hertenbach? —le espetó Carella.

El alemán sonrió de labios afuera. Simultáneamente, disparó sus dos puños a la vez, golpeando a Carella en ambos oídos.

El jefe de *Los Justicieros* creyó que una bomba reventada dentro de su cráneo. Cayó de rodillas ahogando un lamento. Su cabeza empezó a zumbar de manera terrible. Gruñó, incorporándose con un enorme esfuerzo.

—Es usted un experto —masculló—. No ha olvidado sus tiempo de Ebensee...

—Haga otro comentario y le destrozaré con mis manos desnudas.

—Y no podrá interrogarme.

—¡Oh, sí! Sé hasta qué extremo se puede destrozarse un hombre sin matarlo. Tal como usted dice, la experiencia de Ebensee me permite hacer maravillas con los entrometidos *yankys* como usted.

Carellaladeó la cabeza. Los cuatro hombres que le habían capturado permanecían junto a la pared, tiesos como estatuas. Habían guardado las pistolas y no había expresión alguna en ninguno de aquellos rostros.

—Estoy esperando sus preguntas —le urgió Carella.

Hertenbach se balanceó sobre sus pies.

—¿Por qué me buscaba, *yanky*?

—Quería interrogarle sobre uno de los prisioneros que fueron asesinados en Ebensee.

—¿Por cuál de ellos, Tandowsky?

—Sí. Sus viejos camaradas deben haberle informado de mi interrogatorio.

—Era natural que lo hicieran. Casi todos ellos siguen estando a mis órdenes.

—¿De qué está hablando? La guerra terminó hace muchos años. ¿Pretende continuarla por su cuenta?

—En cierto modo sí... —Hubo un destello de triunfo en los pálidos ojos del alemán. Luego añadió—. Pero usted no lo verá, por supuesto. ¿Por qué busca la pista de Tandowsky?

—Me interesa en su calidad de resucitado...

Hertenbach comenzó a perder su pétrea calma. Disparó un puñetazo a la cara de su víctima, y a pesar de que Carella intentó esquivarlo, no pudo evitar que le alcanzara de refilón, derribándole de espaldas.

Desde el suelo miró a Hertenbach con un brillo mortal en sus pupilas. Reunió sus desperdigadas fuerzas y se sentó sobre el cemento.

—A pesar de sus años conserva muchas energías, Hertenbach... Habrá que hacer algo al respecto.

—En todo caso, lo haré yo. Levántese.

Lo hizo pesadamente. Un sordo latido doloroso repercutía en su cabeza como si estuvieran clavándole un cuchillo a través del cráneo.

—Hable ahora, *yanky*; no me haga enfurecer o le mataré a golpes. ¿Qué sabe de Tandowsky?

—Que no murió.

—¿Quién más está enterado de eso?

—Váyase al infierno, Hertenbach. Ya hemos hablado bastante.

Esta vez, el enorme puño del alemán buscó su cuello como un ariete. Sólo que no encontró objetivo alguno y el gigantesco individuo dio un traspié a causa del impulso de su golpe. Entonces Carella replicó al ataque con un seco latigazo al estómago propinado con las puntas de sus dedos rígidos.

Hertenbach boqueó lastimosamente, mirando con ojos desorbitados al hombre que se había atrevido a golpearle.

Mas Carella no se ocupó de él en aquellos segundos preciosos, ya que los otros cuatro se le echaban encima como diablos enfurecidos. Recibió un demoledor directo que estalló en su mandíbula arrojándole contra la pared. Por su parte, pudo cazar a uno de los atacante con un tremendo golpe en la nuca, descargado con el canto de mano derecha. El criminal cayó de bruces con la cabeza bamboleándose como si estuviera a punto de desprenderse de sus hombros.

Hertenbach, recobrando el aliento, aulló:

—¡Sujetadle!

Eso no era tan fácil. Otro de los pistoleros recibió un duro rodillazo en el vientre y se dobló en dos. La misma rodilla subió con tremendo impulso al encuentro de su barbilla, donde se incrustó

con un chasquido escalofriante.

Con la mandíbula rota, retrocedió lanzando alaridos y sosteniéndose la cara con las manos. La sangre comenzó a saltar a borbotones de sus rígidos labios, contraídos en una mueca espeluznante, producto de los desencajados huesos.

Los otros dos lograron derribarle salvajemente, asestándole furibundos golpes cuando lo tuvieron en el suelo. Carella se revolvió como un diablo enfurecido. El odio relampagueaba en sus ojos cuando los fijó en Hertenbach.

Éste le descargó un puntapié en la cara. Lo esquivó por menos de una pulgada, pero no pudo evitar el segundo, que retumbó en sus costillas como encima de un tambor.

—¡Levantadle!

Le obligaron a ponerse de pie, arrojándole después contra la pared, donde le mantuvieron sujeto.

Hertenbach se acercó al inmóvil compinche que había recibido el mazazo en la nuca. Le tocó la cabeza con el pie. El cuello giró por completo.

—Está muerto —gruñó—. Le ha roto el cuello... Pero no importa. Lo pagaré todo junto. Y tú, deja de chillar como una mujerzuela.

El hombre de la mandíbula rota no pudo contestar. Se dejó caer en una silla con las manos en la cara. El terrible dolor de sus huesos astillados acabó sumiéndole en una semi inconsciencia que le alejó de los inmediatos acontecimientos por el momento.

Hertenbach dijo:

—Su muerte será más lenta de lo que había planeado, *yanky*. Haré que sufra por todos mis hombres.

—Sólo espero que me dé la oportunidad de romperle el alma, bastardo criminal...

—Responda por última vez, *yanky*; ¿quiénes están enterados de que Tandowsky no murió en Ebensee?

—¿Para qué quiere saberlo? Nunca podrá llegar hasta las personas que lo saben.

—Eso cree usted... ¿Quiénes?

—¿Por qué se hizo pasar por muerto a Tandowsky? —preguntó Carella por toda respuesta.

Un golpe al estómago le hizo doblarse en dos. Los fuertes brazos

de los dos pistoleros evitaron que cayera de bruces al suelo, sosteniéndole contra el muro.

—Veo que no me ha comprendido usted, *yanky*. Voy a matarle, y su muerte será una agonía interminable, así que cuanto más resista usted más diversión nos proporcionará... Sujétadle fuerte.

Metódicamente, comenzó a disparar golpe tras golpe contra los lugares vitales del cuerpo de Carella. Los mazazos de sus puños resonaban sobre el pecho buscando torturar el corazón. Otras veces, castigaba el hígado con secos trallazos que hablaban de un potencia poco común a sus años.

Carella apretaba los dientes, mientras un sudor frío brotaba por todos sus poros. Terribles dolores contraían sus músculos. Sintió enormes deseos de vomitar. Todo rodaba a su alrededor. Se sintió caer en un abismo de muerte... y entonces los golpes cesaron de repente.

—¡Grite, maldito puerco, grite...! —aulló Hertenbach como un demente.

La turbia mirada de Carella le buscó por entre la bruma roja que se había posado ante sus pupilas.

—Le mataré, Hertenbach —balbuceó—; le mataré...

Un golpe demoledor le cerró la boca. El gusto dulzón de la sangre se extendió por sus labios.

—¡Soltadle!

Cayó de cara al cemento, pero no perdió el conocimiento. La misma ciega furia que le dominaba le mantuvo consciente, sólo que el torturante dolor le obligó a comprimir los labios durante una eternidad. No quería darles el gusto de oírle gemir.

Luego, cuando parte de sus fuerzas volvieron a su miembros, se arrastró hacia donde distinguía una silla. La utilizó de muleta hasta que estuvo de pie ante Hertenbach.

Los dos hombres se miraron de modo implacable. Después, Hertenbach retrocedió.

—Todavía vivirá una hora más, hasta que usted mismo pida que le maten para terminar de una vez... Voy a realizar una obra maestra que hará reflexionar a sus compatriotas... cuando encuentren sus despojos.

Carella cerró los oídos. Había enfrentado a la muerte en todas sus formas, pero no recordaba que nunca hubiera estado tan cerca de

ella a causa de un loco homicida como Hertenbach...

Entonces desvió la mirada. Vio a los otros dos pistoleros, y al tercero, sentado todavía en la silla, acariciándose la mandíbula rota.

Pero donde sus ojos se clavarón como dardos fue en el cinturón de uno de los rufianes...

CAPÍTULO VI

DESPUÉS DE LA TORMENTA

Hertenbach dijo:

—Estoy seguro que no ha informado a nadie aquí, en Frankfort, de su descubrimiento respecto a Tandowsky, de modo que los que están enterados de que todavía vive deben estar en América... Ya llegaré hasta ellos dentro de unos días. Ahora quiero saber algo más, *yanky*...

La mirada de Frank se desvió de su objetivo para fijarse en el alemán como si no lo viera.

Hertenbach dijo:

—Los periódicos de su país informaron del hallazgo de trescientos mil dólares, de que habían sido sometidos a análisis por sospecharse que pudieran ser billetes falsos, y que, al final, el Departamento del Tesoro los dio por buenos...

—Era el dinero que llevaba Tandowsky —farfulló Carella.

—Lo sé. Ahora quiero estar seguro que los informes de los periódicos eran ciertos, que no era una añagaza...

—¿Por qué? Los billetes eran buenos...

—Era lo que quería saber. Vamos a empezar otra vez, sucio *yanky*...

Con sádica satisfacción, Hertenbach propinó un tremendo revés al rostro de Frank que arrojó a éste dando tumbos en dirección a los otros dos pistoleros. Carella no hizo nada por detener su caída, excepto extender las manos, con los dedos como garfios.

Así fue como cayó contra uno de los rufianes. Sus dedos deslizaron hasta aferrarse al cinto del hombre. Su impulso era tan fuerte que lo arrastró con él en su caída.

El pistolero emitió un sordo juramento, revolviéndose para quitarse aquellas garras de encima. Se echó atrás. Carella le dejó libre, pero ya en su mano su propia «Magnum» rugía un terrible canto de muerte.

El primer disparo penetró en las entrañas del bandido que había llevado la «Magnum» metida en su cinto. El pesado proyectil le empujó hacia atrás, casi levantándole en vilo y obligándole a doblarse en dos.

Carella, rechinando los dientes, oprimió el gatillo por segunda vez. El pistolero rebotó contra la pared, bajo o tremendo impulso de la nueva bala.

Un grito de Hertenbach resonó en la estancia. Frank le buscó con el arma, dispuesto a matarlo sin piedad alguna. Se encontró con el otro rufián ante el punto de mira y disparó una y otra vez. La pistola que el hombre había logrado empuñar escapó de su mano muerta. Rebotó en el cemento antes que el corpachón de su propietario, abatido por los balazos de aquella especie de demonio enloquecido que se revolvía en el suelo igual que una serpiente, escupiendo muerte y rechinando los dientes.

Carella se desentendió del pistolero. Su presa era Hertenbach.

Lo vio de refilón cuando huía por el pasillo. Lanzó un grito y trató de incorporarse de un salto para cazarlo a tiros. Entonces, el asesino que recibiera el rodillazo en la mandíbula se dejó caer de la silla, enlazado las piernas de Carella en un intento de detenerle.

—¡Tú lo has querido! —gritó Frank.

—La «Magnum 389», retumbó una vez más. Carella quedó libre.

Corrió tambaleándose tras el hombre que escapaba. Apenas si tenía conciencia de sus actos. Su cuerpo era una masa de dolor; cada uno de sus músculos amenazaba con fallarle a cada nuevo esfuerzo. Sólo los nervios le sostenían en pie.

Cuando llegó al pie de las escaleras, una detonación sobre su cabeza le anunció que Hertenbach no iba a dejarse cazar sin resistencia.

Carella dejó que el aullido del proyectil se extinguiera antes de correr escaleras arriba, despreciando la dolorosa tortura de sus miembros.

Pero Hertenbach había escapado. Al salir al aire libre comprobó que no había rastro alguno del asesino. Supo que no podría

encontrarle en aquella oscuridad, con los montones de escombros, la tapia medio derruida y las callejas extendiéndose detrás de las fábricas.

Reprimiendo a duras penas su ira, Frank Carella guardó la automática y se alejó también, comprobando que no había signos de alarma por ninguna parte. Los estampidos del sótano no debían haber sido oídos en la superficie.

Seguro ya de que Hertenbach no iba a volver al lugar de la batalla, Carella regresó al sótano deseando echarle un buen vistazo antes de alejarse de allí definitivamente.

Registró los bolsillos de los cadáveres. Ninguno de ellos llevaba otra cosa que tabaco y algunas pertenencias personales, pero ningún documento de identidad.

Registró también la mesa. Había tres cajones vacíos, con una capa de polvo en ellos que delataba el largo tiempo transcurrido sin ser usados.

Con un gruñido de disgusto, Frank se dispuso a volver al hotel para reponer fuerzas con un buen descanso.

El sótano no contenía nada más de interés. No obstante, todavía sacó los cajones, sabedor de que a veces la suerte tiene jugarretas sorprendentes.

Encontró más polvo y un pedazo de papel. Una hoja de una libretita de tres pulgadas por dos aproximadamente. A juzgar por su aspecto, hacía meses que permanecía perdida en el fondo del polvo.

Sintiendo que sus esperanzas renacían, Carella leyó la escueta nota escrita con un bolígrafo que debía estar casi agotado a juzgar por lo imperfecto del trazo: *Wittenstrasse*, 41. Seguía a continuación una cifra incomprensible: 7-C-402 319.

No sabía si aquello podía o no ser importante, pero se guardó el papel, salió a la superficie y anduvo hasta que encontró un taxi, haciéndose conducir al hotel en busca de un descanso que le devolviese las fuerzas agotadas en la terrible batalla sostenida.

Le despertó el timbre del teléfono. Instantáneamente, sus sentidos estuvieron alerta, pero un latigazo de dolor a lo largo del cuerpo le recordó la aventura de la noche anterior.

—¡Carella al habla! —Gruñó por el auricular—. ¿Quién está ahí?

Una voz dijo:

—Lamento molestarle, señor, pero una joven desea verle.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el vestíbulo. Le habla «recepción».

—¿Quién es ella?

—No ha querido dar su nombre. Está dispuesta a esperar...

—Bueno, veamos qué quiere. Hágala subir.

Colgó, saltando de la cama entre gruñidos de dolor. Cuando unos nudillos golpearon la puerta acababa de enfundarse en los pantalones.

Apresuradamente, se puso la camisa y abrió. Se encontró ante una bella muchacha de unos veinte años o poco más que le miraba asustada.

—Entre —dijo en alemán—. Me han dicho que desea hablar conmigo.

Ella entró tímidamente, mirando a su alrededor como si presintiera un peligro agazapado en los rincones. Carella fue tras ella. Su voz recia indagó:

—¿Cuál es su nombre?

—Olga...

—¿Y...?

—Olga Braun. Soy hija de Hans Braun.

Ese nombre danzó unos instantes en la mente de Carella. Luego exclamó:

—¿Es el mismo hombre a quien interrogué hace un par de días?

—Sí...

—¿El ex guardián de Ebensee?

Ella asintió con un gesto, mirándole con una muda súplica en sus pupilas.

—Está bien, siéntese, pequeña. ¿Qué desea de mí?

Ella tomó asiento en el borde de una butaca. A Carella se le antojó una criatura desvalida en busca de ayuda. Pero no podía ser eso, puesto que en ese caso no habría recurrido a él.

Ella murmuró:

—Deseo pedirle un favor...

—¿Sabe su padre que ha venido a verme?

—¡Oh, no!

Lo dijo como si semejante posibilidad fuera algo terrible.

—Entonces, no comprendo... ¿Quiere un cigarrillo?

—No... no fumo, gracias.

Carella encendió uno para sí y miró a la hermosa joven. Se fijó en sus largos cabellos rubios, en los grandes y asustados ojos azules, en la delicadeza de sus facciones y en la firmeza de sus líneas juveniles. Tenía un cuerpo elástico, de prietos senos, estrecha cintura y largas piernas de piel morena. Notó una corriente de simpatía tenderse hacia ella.

—¿Cómo ha podido encontrarme usted, Olga? —preguntó, desviando su atención de las bellas líneas de la muchacha.

—Yo sabía que era usted americano... Acudí el cuartel general y un capitán me indicó que estaba en este hotel...

—¿Jasper?

—Ése fue el nombre que me dio.

—Ya veo... ¿Le indicó a él cuál era su interés hacia mí?

—No.

—Está bien, cuénteme.

—Ya le he dicho que se trata de mi padre... ¿Van a detenerlos?

Frank enarcó las cejas.

—¿Detenerlo? —exclamó—. ¿Por qué?

—Usted le interrogó sobre los tiempo de la guerra... Él... está muy asustado.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero cuando usted se marchó traté de hablar con él. Me pegó.

—Vaya —dijo él solamente.

—No lo hace nunca, pero estaba como loco... Dijo que todo iba a hundirse de un momento a otro. Después telefoneó a alguien llamado Hertenbach...

Carella se enderezó.

—Siga.

—Cuando cesó de hablar por teléfono estaba todavía más asustado. Me vio llorando y trató de consolarme. Fue entonces cuando dijo unas palabras que me decidieron a buscarle a usted.

—¿Qué palabras fueron ésas?

—Dijo que empezaba a lamentar haberle mentado a usted. Que quizá usted fuera su única salvación, porque Hertenbach estaba loco y no vacilaba ante nada.

—Ya veo. ¿Dónde está ahora su padre?

—En casa, naturalmente. Hoy no ha salido en toda la mañana.

Carella consultó su reloj. Vio que señalaba las diez y media y se asombró de que hubiera dormido tanto.

—Podemos hacerle una visita ahora —dijo, dubitativo—. Aunque quizá se enfurezca cuando sepa que usted ha acudido a mí.

—No debe saberlo. Es terrible cuando se enfada.

—Concretamente, niña, ¿qué es lo que usted teme?

—Verá... estoy asustada a causa de ese Hertenbach. Esta mañana ha vuelto a hablar con papá y...

Carella dio un salto.

—¿Esta mañana? —gritó.

—Sí, por teléfono. Han convenido una entrevista, pero después de colgar papá ha dicho que no acudiría. Y casi temblaba al decirlo.

—¿Por qué Hertenbach quería ver a su papá?

—No lo sé. Creo que a causa de un pasaporte o algo así.

Carella creyó comprender.

—Ahora es cuando tengo mayor interés por hablar de nuevo con su padre, Olga, Pero antes he de efectuar una llamada; excúseme.

Descolgó el teléfono y comunicó con la oficina del mayor Ansum.

—Habla Carella —anunció—. Quiero que curse órdenes de arresto contra todos los ex guardianes de Ebensee que yo interrogué. Usted tiene la lista. Exceptúe de esa orden a Hans Braun, ¿entiende?

—Eso nos traerá disgustos, Carella —protestó Ansum—. ¿Bajo qué acusación vamos a detener a esa gente?

—Interrogatorio, sospechas de confabulación, cualquier pretexto servirá por el momento. Y, por encima de todo, ordene que Kurt Hertenbach sea buscado y detenido a toda costa. Es peligroso y va armado. Está dispuesto a todo y se propone abandonar Alemania en cualquier momento. Eso es todo de momento.

—¿Le parece poco? Voy a jugarme el puesto si hago todo esto.

—Yo diría que lo perderá si no lo hace.

Colgó de golpe y miró de nuevo la sugestiva muchacha. Ésta murmuró:

—¿No van a detener a papá? Usted ha dicho por teléfono que...

—Yo me encargaré de su padre. Voy a darle una oportunidad de

ser sincero conmigo. Si la aprovecha no se le molestará más. De lo contrario, los servicios de seguridad de mi país tendrán algo que decir en este asunto. ¿Vamos?

Ella se levantó. Carella la tomó del brazo, notando cómo se estremecía. Por primera vez pensó que aquello podía ser una trampa. Sonrió a la joven.

—Es usted muy bella, Olga —murmuró—. Tan linda como un sueño. No lo estropee todo a última hora.

—No le comprendo...

—Es mejor así. Aguarde un minuto.

Entró en el dormitorio para tomar la chaqueta. Colocó la «Magnum» en el cinturón, la ocultó abrochándose la americana y regresó al lado de Olga esforzándose por tranquilizarla con su expresión.

Hicieron el recorrido en un taxi. Apenas hablaron en todo el rato. Sólo cuando faltaba poco para llegar a casa de la muchacha ésta susurró:

—Voy a separarme de usted ahora... vendré a verle a su hotel esta tarde, para saber qué ha sucedido con papá. Si ahora me viera en su compañía no sé de lo que sería capaz.

—Está bien, pequeña. Buena suerte.

Ella le miró a los ojos con fijeza.

—Aunque hay algo en sus ojos que da escalofríos —murmuró con voz apenas audible—, sé que no me causaría ningún daño... nunca.

—No confié jamás en ningún hombre de esa forma, pequeña...

La muchacha sonrió.

—En usted sí —dijo—. Usted es...

—Acabe.

—No sé cómo expresarlo. Me siento bien a su lado, amparada, protegida. ¿Sabe? Me gustaría no tener que dejarle ahora.

Carella ordenó parar el coche. Luego, contempló a la muchacha como se alejaba por la acera. Sólo cuando la perdió de vista reanudó la marcha, suspirando por los años perdidos. Pero no le gustaba volver la vista atrás.

Al fin, el auto se detuvo ante la casa de Hans Braun. Pagó al taxista y se apeó. Debería mostrarse rudo con el hombre si quería obtener un resultado satisfactorio.

Atravesó la acera y llamó a la puerta.

CAPÍTULO VII

UN NUEVO ZARPAZO

—¿Otra vez usted?

Hans Braun era un hombretón de gran talla, pero al que el tiempo había maltratado en demasía. Tenía un rostro surcado de arrugas, unos ojos pequeños y un mentón hundido. No resultaba un tipo agradable.

—¿Está usted solo?

—Sí. Mi hija ha salido. ¿No me hizo ya suficientes preguntas?

—¿Puedo entrar?

A regañadientes, Braun se apartó para dejar paso al molesto visitante. Carella entró y esperó a que el otro cerrara la puerta. Entonces le espetó:

—Ayer encontré a Hertenbach.

Notó el sobresalto del alemán, pero no obtuvo respuesta. Braun pasó por su lado y le precedió hacia el interior, conduciéndole a la misma salita interior que ya conocía. Una vez allí, Braun masculló:

—¿Por qué viene a contármelo a mí?

—Porque usted declaró que no conocía al ex sargento.

—Le dije que le conocí en el campo, pero que no había vuelto a saber de él.

—Exactamente. Y me mintió.

—¡Le dije la verdad!

Carella sacudió la cabeza.

—Usted sabía el paradero de Hertenbach. Había estado en contacto con él y tengo casi la seguridad de que se ha comunicado después de mi primera visita con su antiguo sargento. ¿No es cierto?

—¡Naturalmente que no!

—¿Le dije que el primer ex guardián con quien yo había hablado era Artfull?

—No recuerdo... No, creo que no lo mencionó.

—Bueno, Hertenbach lo asesinó. ¿Quiere seguir usted el mismo camino?

Vio cómo el hombretón palidecía. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su frente. Una mirada indecisa enturbió sus pequeños ojillos.

—¿Por qué cree usted que a mí puede sucederme lo mismo? —murmuró—. Hertenbach no tiene nada contra mí.

—Al parecer, Artfull creía lo mismo que usted. También negó conocer su paradero. No obstante, corrió a entrevistarse con él. Acabó con la garganta cercenada.

Braun no pudo ocultar un estremecimiento.

—No sé nada —insistió con voz sorda.

—Usted sabe más de lo que dice. Está enterado de cosas realmente importantes, Braun. Por ejemplo, sabe que Hertenbach planea trasladarse a los Estados Unidos, y creo que sabe también por qué. ¿No comprende que manteniendo silencio se coloca usted mismo la soga al cuello?

Tras un silencio, el alemán gruñó:

—No comprendo lo que se propone usted, pero estoy seguro de que quiere tenderme una trampa. No le diré nada. No se lo diría aunque lo supiera. Creo que eso está bastante claro...

—¿Prefiere que le corten el cuello?

—No podrá asustarme.

—Ya lo está usted, Braun. Hertenbach se encuentra en una situación que no le permite dejar testigos que puedan declarar en el futuro. Supongo que se ha valido de ustedes porque, por alguna razón, les necesitaba. Pero ahora, esa necesidad se ha esfumado. Usted, y otros como usted, sólo son un estorbo en su camino.

—Es inútil, no obtendrá nada de mí. Puede detenerme, porque supongo que es un agente de su Gobierno. Pero...

—En eso se equivoca. Deteniéndole le pondría a salvo de su ex sargento. Pero no lo haré. Si es lo bastante estúpido como para protegerle después de saber que mató a Artfull, allá usted.

Reinó un corto silencio. Los dos hombres se miraron especulativamente. De repente, Carella espetó:

—¿Le ha entregado ya su pasaporte?

Supo que había dado en el blanco al ver la extraordinaria palidez que se extendió por el desagradable rostro de Braun.

—No sé de qué habla...

—¡Sí lo sabe, condenado idiota! ¿Quiere obligarme a utilizar otros medios para arrancarle la verdad?

—Usted no puede...

No terminó la frase, asustado por la acusadora mirada del americano. Carella esperó con forzada calma, sabiendo que cada minuto desmoronaba más las defensas del hombretón.

Finalmente, cuando la tensión se hizo insostenible, Hans Braun pareció adoptar una resolución.

—¿Qué gano si hablo?

—Continuar en libertad, vivo.

—¿Qué garantía tengo de que cumplirá su palabra?

—Yo no estoy obligado a dar cuenta de mis actos, Braun. Lo que hablemos usted y yo permanecerá secreto. Sólo lo utilizaré en lo que me ayude a esclarecer el asunto que me ha traído a Alemania.

—Está bien, voy a confiar en su palabra.

Carella suspiró. La muchacha había tenido razón.

—No pierda tiempo. Cada minuto ayuda a Hertenbach.

—Tiene razón en lo del pasaporte. Yo debía facilitarle el mío, ¿comprende? Así hubiera podido viajar con mi nombre.

—Pero no se lo entregó usted. ¿Por qué?

—Precisamente porque temí que quisiera matarme después de obtenerlo. Comprendí que yo era un testigo peligroso para él después que tuviera mi pasaporte en su poder.

—¿Qué le prometió él a cambio del documento?

—Una fuerte suma.

—¿Pagada en dólares?

—Efectivamente.

—¿Dónde debía hacérsela efectiva?

—Debíamos habernos entrevistado en un lugar que él indicaría. Decidió que yo fuera a su encuentro en las afueras. Él me esperaría en un coche. Tuve miedo y no acudí a la cita.

—Eso le salvó la vida. Dígame ahora todo lo que sepa de este asunto de los dólares.

—No sé apenas nada. Hertenbach planeó el asunto cuando

estábamos en la cárcel, después de la guerra. Nos convenció de la conveniencia de aliarnos para mantener en secreto que Tandowsky estaba vivo, así como otros de los hombres que nos trajeron al campo dos o tres días antes de que lo ocuparan las tropas americanas...

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Nunca lo he sabido... pero Hertenbach estuvo hablando con algunos de ellos. Llegó incluso a torturarlos para obligarles a decirle todo lo que quería. Después, los encerró aparte. Otros prisioneros tomaron su lugar cuando debían haber sido conducidos a las cámaras de gas...

Carella se disponía a formular la siguiente pregunta cuando el timbre de la puerta se lo impidió. Braun balbuceó:

—Mi hija... debe estar de vuelta...

Se fue a abrir, mientras Frank quedaba maldiciendo la ocurrencia de la muchacha de volver tan pronto. La impaciencia debía haberla obligado a anticipar su regreso...

Oyó el chirrido de la puerta. Luego, una exclamación de Hans Braun, que fue cortada por un extraño lamento.

Carella se levantó de un salto, presa de un súbito presentimiento. Empuñó la «Magnum» y corrió hacia la entrada de la casa.

Vio el corpachón de Braun caído de rodillas, apoyándose en la pared con una mano, mientras la otra se apretaba contra su costado. Por entre los dedos saltaba un incontenible chorro de sangre.

Ahogando un juramento, Frank se agachó a su lado en el instante que el desgraciado caía de bruces. El furor le empujó a cruzar el portal con la automática dispuesta para abrasar al criminal, pero había perdido unos segundos precisos y todo lo que vio de él fue un coche que se alejaba con una brutal acelerada. No intentó dispararle para no alarmar a todo el vecindario, aparte de que en aquellos momentos desaparecía ya en la primera esquina. Estuvo seguro que se trataba del despiadado Hertenbach.

Regresó apresuradamente al lado del moribundo, al que sostuvo la cabeza en alto.

—¿Puede oírme, Braun? —le apremió.

Los párpados hicieron un leve movimiento. Una palidez espantosa se había extendido por el rostro del alemán. No podía

tardar en morir.

—¿Ha sido Hertenbach quien le ha herido?

—Sí...

—Sí...

—¿Sabe dónde se esconde?

Los labios hicieron un movimiento, pero ese esfuerzo aceleró el fin del desgraciado. Su cabeza cayó a un lado y Carella lo depositó en el suelo con cuidado.

Cuando abandonó la casa lo hizo pensando en la pobre muchacha que le había visitado. Iba a encontrarse muy sola después de la muerte de su padre... Su odio hacia Hertenbach creció hasta el infinito.

Desde un teléfono público llamó a la oficina del capitán Jasper. Deseaba quitarse de encima la preocupación de buscar a Hertenbach con sus reducidos medios.

—¿Desde dónde habla? —quiso saber el militar.

—Estoy en una cabina pública, Hertenbach ha matado a Hans Braun. Encárguese de meter a la policía en esto y que busquen a ese bastardo por toda la ciudad. Si no andan listos conseguirá salir del país, ¿entendido?

—¿Qué se propone hacer usted ahora?

—Comprar un mapa de la ciudad.

—¿Qué?

Colgó sin más explicaciones. Tal como había dicho, entró en una librería y adquirió un mapa de Frankfort, en el cual buscó *Wittenstrasse* sin encontrarlo. Aquélla no existía, por lo menos en Frankfort.

Plantado en la acera, se concentró en aquel problema. Si la anotación era importante, la calle debía estar en alguna parte, en cualquier ciudad. Faltaba saber en cuál...

Decidido, regresó a la librería. La joven dependiente le obsequió con otra brillante sonrisa.

—Busco una calle, pero no está en este mapa —dijo—. Quizá pertenezca a otra ciudad. ¿Cree que podríamos comprobarlo?

—Tenemos planos de las ciudades más importantes de Alemania... Sería preciso consultarlos uno a uno. ¿Qué calle es la que busca?

—Wittenstrasse.

—No sé... Jamás había oído ese nombre... Quizá en Hamburgo...

Pero tampoco en la guía de Hamburgo hallaron ni siquiera una calle con un nombre semejante, o parecido.

Gracias a la falta de clientes en aquellos momentos, la hermosa muchacha se tomó un interés extra por el caso. Ante los ojos de Carella desfiló una ciudad tras otra, sin que tampoco el éxito le sonriera.

—Tal vez en Berlín —exclamó la joven repentinamente.

El gran plano de la dividida ciudad quedó extendido sobre el mostrador. Una serie de gigantescas columnas de nombres desgranaban alfabéticamente los nombres de las calles y plazas de toda la ciudad...

—*¡Wittenstrasse!* —exclamó la muchacha de pronto—. Aquí está.

Carella se inclinó, interesado. Ella dijo:

—Pero se encuentra en el sector ruso, señor... al otro lado del «Muro de la Vergüenza»...

—¿Está segura?

—Naturalmente.

—No importa. Me quedo con el mapa.

Tras doblarlo nuevamente, ella cobró el importe y le siguió con la mirada cuando salió de la tienda. Una mirada perpleja, cargada de dudas.

Al abordar un taxi, Carella estaba ya decidido a volar a Berlín, aunque por el momento no se le ocurrió cómo diablos haría para atravesar el fatídico muro... contando con que tendría que hacerlo dos veces, especialmente si quería volver al mundo libre...

CAPÍTULO VIII

BERLÍN

El gran reactor comenzó a perder altura. Por el altavoz, la voz bien modulada de la azafata anunció:

—Señoras y caballeros, nos disponemos a entrar en el corredor que nos conduciría a Berlín. Volaremos de ahora en adelante a una altitud de nueve mil pies.

Carella miró por la ventanilla. Acostumbrado a las enormes alturas a que vuelan los grandes reactores, le pareció que la reglamentaria del corredor aéreo era ridículamente baja.

Estaban volando sobre el sector ruso de Alemania. Los viajeros miraban con cierto interés por las ventanillas, como si quisieran descubrir los secretos soviéticos en aquella parte del país.

Todo lo que pudieron ver fueron unas magníficas carreteras solitarias, sin tráfico. Al cabo de unos minutos esa soledad allá abajo resultó lo que verdaderamente sorprendió a Frank Carella, acostumbrado a los tremendos problemas de tráfico del mundo occidental.

Después, advirtió que las pequeñas poblaciones que desfilaban bajo el enorme avión parecían abandonadas. No había signo de vida en ellas.

Estaba tratando de explicarse ese misterio cuando el avión sobrevoló el aeropuerto de Tempelhof, aterrizando impecablemente.

Los trámites de aduana fueron breves. Su pasaporte norteamericano facilitó mucho las cosas. Luego, se vio obligado a aguardar varios minutos para que le entregasen su maleta.

Pidió a un taxista que le llevase a un hotel modesto, cumplimentó los trámites de inscripción como un turista cualquiera, y, una vez instalado en su cuarto desplegó el plano de la ciudad y

comenzó a estudiarlo concienzudamente. Localizó en el laberinto de líneas de colores la situación exacta de la *Wittenstrasse*, en el sector oriental. Luego, siguió con el dedo el trazado de una gruesa línea de puntos que señalaba exactamente la ubicación del *muro de la vergüenza*. Se estremeció al pensar que tendría que atravesarlo... y precisamente para «entrar» en el sector ruso.

Pasaron varios minutos sin que Carella relajase la atención que prestaba al mapa. Y de repente se inclinó un poco más. Utilizando el índice a guisa de puntero, fue siguiendo en toda su extensión una línea azul; el recorrido del «metro» de Tempelhof.

Había una verdadera tela de araña de líneas azules. Todas las que correspondían a los recorridos de «metro». Pero la de Tempelhof resultaba particularmente interesante porque, durante seis estaciones, corría por debajo del sector ruso.

Una leve excitación cosquilleó en su piel. Tras esto, sus nervios volvieron a adquirir su acostumbrada solidez y Frank abandonó el estudio del plano, recostándose en la silla. Encendió un cigarrillo y se puso a reflexionar a fondo sobre la idea que acababa de ocurrírsele. Cuando aplastó la colilla había llegado a una decisión.

Sin la menor duda, supo que la llevaría a cabo aún antes de darla mentalmente por aceptada, aunque ello implicase una especie de cita con la muerte.

De todas formas, para Frank Carella la muerte ya era una vieja conocida...

Siguiendo las indicaciones del plano, Carella tomó el «metro» mezclándose con la multitud de alemanes que se apretujaban para entrar en los vagones. Antes de hacerlo, no obstante, se aseguró de que aquélla era la línea de Tempelhof.

Siguieron dos paradas más en las que subieron algunas personas y bajaron muchas más, con lo que el vagón quedó casi vacío. Cuando se puso en marcha, Carella procuró situarse cerca de una ventanilla. Súbitamente, advirtió el inusitado silencio que había caído sobre los viajeros. Nadie hablaba, todo el mundo parecía hasta contener el aliento, igual que si esperasen que ocurriera algo inesperado, quizá amenazador.

Repentinamente, el tren disminuyó la velocidad. Casi inmediatamente entraron en una desierta estación sumida en una triste penumbra. Las puertas de salida estaban cerradas, y había

polvo y suciedad por doquier. En el andén, destacándose contra la luz de la solitaria bombilla, un *vopo* con la metralleta al brazo contemplaba el paso del tren con rostro inexpressivo.

Tras rebasar la estación, el convoy volvió a adquirir velocidad, sólo para reducirla a los pocos minutos al pasar otra estación desierta, a excepción del *vopo* de guardia.

Carella pensó que todavía faltaban cuatro más en aquellas condiciones, pero ante su sorpresa, en la siguiente el tren se detuvo con un rechinar de frenos. Como contraste con, las demás, en ésta sí brillaban las luces, aunque todo estaba también sucio y descuidado. Pero no se veía viajero alguno, ni se abrieron las puertas para que alguien pudiera descender.

Entonces vio al *vopo* cerca del vagón, y a una mujer con un triste uniforme de ferroviario cambió una señal con el conductor y el tren reanudó su marcha. Un rótulo desfiló ante los ojos de Carella: *Friedrichstrasse*.

Tomó nota mental de todo esto. Luego, siguieron otras tres estaciones en semejantes condiciones de abandono y vigilancia por el correspondiente *vopo*. Al pensar que sobre sus cabezas existía un mundo de terror y opresión hizo rechinar los dientes al jefe de *Los Justicieros*.

Y de repente volvieron a correr por el sector occidental y Carella se apeó, sólo para cambiar de andén y tomar otro tren que regresase a dónde él había iniciado su excursión.

Una vez más desfilaron las tétricas estaciones. Una vez más, los *vopos* miraron a los pasajeros como si estuvieran impacientes por abatirlos a balazos. Al rebasar la última estación muerta Frank se preparó para descender del tren.

Lo hizo y se entretuvo encendiendo un cigarrillo. Contempló el movimiento de gente apresurándose hacia las escaleras. El túnel retembló al ponerse el convoy en marcha y, de pronto, Carella estuvo solo en todo el andén.

Arrojó el cigarrillo y se apresuró hacia la boca del túnel. Saltó a la vía y se hundió en las sombras, andando con paso vivo pegado a la pared.

A intervalos había en el muro una especie de nichos destinados a servir de refugio a los obreros que circulaba por las vías durante las

horas de servicio del «metro». Para Carella fueron refugios providenciales durante su largo recorrido, para disimular su presencia cada vez que un tren pasaba por alguna de las dos vías.

Tras la larga caminata llegó a las inmediaciones de la primera de las estaciones condenadas. Carella apretó los dientes y extrajo la potente «Magnum 389». Inmóvil en la oscuridad, metido en el último de los nichos, esperó a que pasaran los siguientes dos trenes. Luego, sacó un largo silenciador y lo acopló al ya de por sí largo cañón de la automática, de modo que quedó convertida en un arma de aspecto terrorífico. Entonces se deslizó fuera de su escondrijo y anduvo hacia la pobre luz que recortaba la entrada de la estación.

Agazapado bajo el andén, observó el cansino paseo del *vopo* hasta que lo tuvo de espaldas. Entonces, silenciosamente, subió al andén y se acercó al desprevenido centinela. Si le era posible, deseaba ponerlo fuera de combate, porque no sentía ningún deseo de matarlo. Era un tipo joven y Carella pensó que a fin de cuentas todo lo que hacía era cumplir órdenes.

Pero cuando le separaban cuatro o cinco pasos del *vopo*, éste giró sobre los talones como si un sexto sentido le hubiera advertido del peligro. Con evidente sobresalto empezó a decir:

—Ist dies...?

Luego, se interrumpió y manejó apresuradamente su metralleta para encararla contra Carella. El estupor le entorpeció los movimientos, dando tiempo al aparecido a que apretase el gatillo de su monstruosa pistola.

Hubo una sorda explosión y el *vopo* saltó hacia atrás abriendo los brazos. La metralleta rebotó en el suelo antes que él, que no lo hizo hasta que hubo dado dos vueltas sobre sí mismo, ya muerto por el enorme proyectil.

Maldiciendo en voz baja, Carella saltó sobre el cuerpo, arrastrándolo hacia la puerta por dónde se efectuaba el relevo de los guardias. Lo dejó allí, en la oscuridad, y regresó apresuradamente en busca de la metralleta.

Cuando estuvo otra vez junto al cadáver del *vopo* se detuvo para recobrar el aliento. El estrépito de un tren que se acercaba le recordó que debía alejarse de allí cuanto antes. Tal vez la ausencia del centinela llamase la atención de los viajeros experimentados, pero ninguno de ellos se metería en averiguaciones. Por ese lado no

había nada que temer. Pero ignoraba la hora en que eran relevados los guardianes, y tan pronto sucediera eso se desencadenaría el infierno en la estación, aunque, probablemente, creerían que el centinela había sido muerto por alguien que intentaba huir al Berlín Occidental. ¿Cómo iban a suponer que alguien estuviera dispuesto a matar precisamente por todo lo contrario, para internarse en Berlín Oriental?

Subió las escaleras con precaución. Arriba, la calle estaba desierta, flanqueada por manzanas enteras de solares sin edificar, algunos sin vallas, dejando ver altos matorrales y alguna que otra pared en ruinas. Era asombroso que no hubieran sido edificadas todavía.

Anduvo protegiéndose en las partes más oscuras del paseo hasta encontrarse lo bastante lejos de aquella estación como para sentirse más o menos seguro.

Entonces se detuvo, sacó el mapa y se orientó, tras lo cual buscó la situación de la *Wittenstrasse*, y una vez localizada comenzó a andar a buen paso.

A medida que se alejaba de aquella parte desolada de la ciudad iba encontrando más signos de vida, aunque no de animación ni bullicio. Se preguntó dónde residiría la vida nocturna del Berlín Oriental, si es que existía.

Por dos veces se cruzó con patrullas de *vopos* perfectamente armados. También el despliegue de policías era espectacular, y había más cuanto mayor era la animación. Los nervios de Carella estaban sometidos a una tensión extremadamente dura, que no se relajó hasta llegar a la esquina de la calle que buscaba.

Se detuvo el tiempo de encender un cigarrillo. Una pareja de novios pasó junto a él. Los miró cuando se detuvieron para besarse apasionadamente. Frank enarcó las cejas y sintió tentaciones de echarse a reír ante aquella demostración. Resultaba incongruente a sus ojos que dos seres pudieran amarse aquella noche, tan cerca de él, de un hombre que significaba la muerte...

Wittenstrasse era apenas un callejón sucio y desolado, con altas paredes de almacenes, algunos solares llenos de gatos y basuras, y alguna que otra pared semi derruida.

Tras unos instantes de expectación, vio alejarse a los enamorados. Entonces sumergióse en la oscuridad del callejón en

busca del número cuarenta y uno.

Sólo que cuando lo encontró se sintió desalentado. Apenas si logró contener un juramento entre dientes. Porque todo lo que quedaba del número cuarenta y uno de aquella calle era media pared, y, según podía verse por un boquete, un solar con una especie de barraca al fondo.

Notó un regusto amargo en la boca al imaginar que por una inutilidad semejante había muerto un hombre y él se encontraba en uno de los puntos más peligrosos de Europa. Apretó las mandíbulas, pero se interno por el solar para ver por lo menos qué pudo significar en su día aquella maldita nota.

La barraca, vista de cerca, no era tan destartada como le pareciera a primera vista. Era una de estas construcciones provisionales que se alzan donde van a iniciarse obras, sólo que, por sus trazas, llevaba muchos años en aquel rincón.

El solar daba a otra calle mucho más importante, donde quedaba el resto de una pared, con la mitad de una reja de hierro donde debió existir una puerta. Unas letras de metal negro sobre la reja hicieron reflexionar a Carella, porque le indicaron que aquel edificio, antes que fuera destruido por los implacables bombardeos aliados, había sido un Banco.

Y bien, reflexionó, ¿qué tenía eso que ver con la nota escrita en aquel trozo de papel?

La sacó del bolsillo. A pesar de la poca luz volvió a leer la dirección y la cifra incomprensible... Una cifra que, tratándose de un Banco, bien podía ser la combinación de una caja fuerte...

Algo empezó a agitarle la mente. Miró a su alrededor y durante los cinco minutos siguientes se dedicó a reconocer detalladamente todo el solar. Finalmente, forzó la cerradura de la barraca y entró en ella.

No había mueble alguno, sólo algunas herramientas en un rincón.

El barracón estaba construido completamente de madera, incluso el suelo, montado a pocas pulgadas de la hierba, era de planchas de madera vieja y carcomida.

Ayudándose con una diminuta linterna eléctrica, lo reconoció con todo cuidado, hasta que descubrió la trampa. Estaba perfectamente ajustada y el polvo había llenado las juntas, pero

aun así era visible.

Tras apagar la linterna dedicó sus esfuerzos a abrirla, cosa que consiguió unos minutos más tarde. Hecho esto, volvió a encender la linterna, enfocándola a la abertura.

Bajo sus pies, casi oculta por las hierbas, una cavidad negra como boca de lobo se hundía en la tierra.

CAPÍTULO IX

LA CAJA

Tan pronto empezó a descender, Carella encontró unos firmes escalones bajo sus pies, aunque también allí abajo crecían pálidas hierbas.

Alumbrándose a cortos intervalos, fue descendiendo hasta llegar al final de las escaleras. Un ancho pasillo desembocaba en un gran portal carente de puertas. Avanzó hacia allí y, repentinamente, se encontró mirando la herrumbrosa puerta de una cámara acorazada.

Notó que los latidos de su sangre se aceleraban inusitadamente. Sin detenerse a reflexionar, se acercó a la maciza cámara y examinó los diales cilíndricos. Los contó. Había dos grupos de cuatro. Ocho cilindros.

Consultó la nota, comprobando que eran siete números y una letra los que formaban la misteriosa cifra.

Casi dejó escapar un grito de entusiasmo. Uno de los diales estaba grabado con letras en lugar de número, precisamente el segundo.

Con dedos nerviosos, alumbrándose con el delgado rayo de luz de su linterna, manipuló los diales uno tras otro, impaciente, y al terminar forcejeó con la puerta.

No consiguió moverla ni una milésima de pulgada.

Volvió a comprobar la cifra formada con los cilindros. Era exacta a la de la nota. Imaginó que alguien la había cambiado después que la nota fuera escrita. No obstante, guardándose la linterna en el bolsillo, luchó con la puerta valiéndose de las dos manos.

Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito cuando ya estaba prácticamente agotado y jadeante. La sólida masa de acero se movió sobre sus ejes invisibles, aunque con dificultad y emitiendo un leve

chirrido.

En la oscuridad, Carella titubeó antes de encender la linterna, haciendo cábalas sobre el contenido de la caja. Luego, apretó el botón y el rayo de luz se paseó por el interior de lo que, contra lo que había supuesto, no era simplemente una caja fuerte, sino la cámara destinada a cajas de alquiler. El total era una cavidad espaciosa casi ocupada por entero por grandes estibas de fardos.

Estupefacto, tardó unos segundos en recobrar el movimiento. ¿Qué podía significar aquello?

Y, cuando la idea entró en su mente, por poco no dejó escapar un grito de victoria.

Fardos de papel. Resmas y más resmas de papel en blanco, metidas cada una en bolsas de celofana soldada. Con dedos nerviosos rompió una de esas bolsas para comprobar si su corazonada era cierta.

Suspiró. Aquél era el papel en que se imprimía la moneda de los Estados Unidos... Papel en blanco... por lo menos una tonelada.

De manera que era eso, pensó. Una continuación retardada de la célebre «Operación Bernhard», que estuvo a punto de causar un verdadero cataclismo económico a Inglaterra. Sólo que en la actualidad se desarrollaba con dólares...

Eso significaba planchas, grandes máquinas de imprimir y toda una compleja industria muy difícil de camuflar. Las planchas era lo más importante. Debían ser destruidas antes que causaran un daño irreparable a los Estados Unidos y su prestigio internacional.

Dejó el examen del papel y revisó los abiertos compartimientos de la cámara. Los que estaban fuera de la gran estiba de papel aparecían vacíos, y ya desesperaba de hallar algo realmente importante cuando tropezó con un pequeño fichero. Dominado por la excitación, Carella lo revisó precipitadamente. Las primeras fichas estaban rotuladas con los nombres de distintos países: *Inglaterra; Estados Unidos; Argentina; Francia...*

En cada una de ellas, una dirección y una cifra en primer lugar. ¡Cifras de millones!

Después seguían unos datos incomprensibles. Carella sacó todo el bloque de fichas de países y las guardó en un bolsillo, dedicándose a escrutar las demás.

Éstas eran personales y en todas había nombres alemanes,

excepto algunas con nombres ingleses, franceses y de otras nacionalidades. Cuando encontró el nombre de Hans Braun pegó un respingo. Tenía entre sus manos una especie de relación del personal implicado en la operación.

Aquella cámara debía haber sido considerada inviolable, segura, y servía de registro general para Hertenbach, suponiendo que éste fuera el cabecilla de la gigantesca estafa.

También estas fichas fueron repartidas en sus bolsillos rápidamente. Entonces ya sólo quedaron cuatro o cinco, que leyó sin apenas comprender una palabra. Eran datos en alemán, y a pesar de conocer el idioma, Carella comprendió que eran abreviaciones de otras palabras, o alguna clave muy ingeniosa. En dos de las fichas constaban otras tantas direcciones.

Y no había ninguna ficha ni indicación con el nombre de Tandowsky, lo cual no dejaba de ser curioso.

La primera de las direcciones correspondía a cierta *Grunerstrasse*, la otra de *Dorfelplatz*. Decidió que consultaría el plano de Berlín cuando saliera de aquel sótano. Lo inmediato era destruir aquel papel que muy bien podía convertirse en una tonelada de billetes de cien dólares.

Guardándose las fichas en otro bolsillo, Carella pasó la siguiente media hora esparciendo resmas de papel por todo el sótano, a fin de que no formaran una masa compacta, difícil de arder. Cuando hubo terminado, convirtió varios puñados de hojas sueltas en rudimentarias antorchas. El rayo de luz de su linterna se había debilitado y ya casi no alumbraba, por lo que se apresuró, encendiendo las hojas sueltas y aplicándolas a distintos ángulos del desparramado montón de papel.

Esperó unos segundos, hasta convencerse de que todo aquello iba a arder sin dificultad. Cuando la humareda amenazó con ahogarle, retrocedió y echó a correr, subiendo las escaleras perseguido ya por la serpiente de humo, cada vez más denso.

Arriba, dejó la puerta del barracón abierta, así como las dos ventanas para facilitar el tiro, de manera que actuaran a modo de chimenea.

Tan pronto estuvo fuera del solar, advirtió que el humo se elevaba ya por encima de la derruida pared que servía de acera. Pero no se preocupó por eso. Aunque acudiesen los bomberos, el

agua destruiría igualmente el papel que quedase entonces sin arder.

Anduvo apresuradamente para poner la mayor distancia entre él y aquel sótano. Luego, en una esquina desierta, consultó de nuevo el plano.

Grunerstrasse correspondía al Sector Oriental, y a juzgar por el plano a poca distancia de donde se hallaba en aquellos momentos. Por el contrario, Dorfelplatz estaba ubicada en el Sector Occidental, cerca de la *Kurfürstendamm*. Tras esta última comprobación, dobló otra vez el plano y decidió averiguar qué había en aquella dirección de la *Grunerstrasse*.

Contempló la casa con mirada crítica. Era una construcción de dos pisos, aislada por un pequeño jardín descuidado. La mayoría de edificaciones de la calle eran semejantes, excepto en un extremo, donde se alzaban ya imponentes bloques de uniformes viviendas. A juzgar por el aspecto de las casas de una y dos plantas, calculó que debía ser los restos que quedaron en pie de un barrio más o menos residencial anterior a la guerra.

Aquella que constaba en la ficha estaba completamente a oscuras. Bien es verdad que casi todas las casas de la calle se encontraban en las mismas condiciones. Decididamente, en el Berlín Oriental no había vida nocturna, pensó Carella, incongruentemente.

Sin vacilar, se introdujo en el jardín, reconociéndolo. No había garaje ni otra construcción que no fuera la casa. Tampoco había trazas de un gran amor por las plantas, ya que las existentes estaban mustias y poco cuidadas.

La casa no ofrecía facilidad alguna para introducirse en ella. Era de sólida construcción, y las ventanas participaban de esa solidez. Bien, sería preciso hacerlo por la vía directa.

Carella empuñó la «Magnum», todavía provista del largo silenciador, y pulsó el botón del timbre repetidamente. Tuvo la satisfacción de ver encenderse una luz en el piso y aguardó conteniendo los nervios.

Unos pasos al otro lado de la puerta. Luego, una voz femenina:

—Wer is da?

En alemán, Carella replicó:

—Abra inmediatamente. Policía.

Sonó una exclamación ahogada, pero la puerta siguió cerrada,

como si la mujer estuviera indecisa. Él añadió:

—¡Abra o emplearemos la violencia!

—Sí... sí...

Una llave giró en la cerradura y la puerta giró sobre sus goznes. Sin titubear un segundo, Carella atravesó el umbral de un salto, cerrando a sus espaldas de un puntapié.

—¡No se mueva, no me obligue a hacerle daño! —ordenó.

Pero su voz casi se cortó al ver a la muchacha. Estaba preparado para contemplar cualquier clase de enemigo, pero no para enfrentarse a una mujer de unos veintidós años semi desnuda, con bellos ojos azules cargados de sueño y una larga cabellera rubia como el oro viejo cayendo lisa sobre unos hombros marfileños.

—¿Quién es usted? —susurró la asustada muchacha.

Carella apartó los ojos de las largas y desnudas piernas. Carraspeó, violento.

—¿Quién más hay en la casa?

Ella miró la tremenda pistola. Sus labios temblaban.

—Nadie.

—¿Está usted sola?

—Sí...

—¿No me miente? Será peor si alguien más interviene en esto.

—¡Estoy sola! —gritó, nerviosa—. ¿Qué pretende, un robo?

Carella sonrió de labios afuera.

—¿Usted qué cree? Vayamos a una habitación interior, donde no sea posible que alguien vea la luz desde el exterior. ¿Ha dejado la de arriba encendida?

—Sí...

—Subamos. La apagará.

Ella le precedió escaleras arriba, visiblemente agitada. Carella se maravilló secretamente de la belleza de aquella mujer, belleza apenas velada por un corto camisón de dormir.

—¿Cómo se llama? —le preguntó al llegar al piso.

—Erika.

—¿Y...?

—Erika Yuzovsky.

—¿Rusa?

Ella se detuvo, volviéndose. Una mirada de desafío relampagueó en sus hermosas pupilas.

—Polaca —dijo—. Pero me trajeron aquí recién nacida.

—¿Sus padres?

—¿Quiénes sino?

—¿Dónde están ahora?

—Murieron...

Lo dijo con voz sorda, preñada de odio.

—¿Cómo murieron?

—¿Por qué no lo pregunta a sus camaradas? Ellos podrán informarle con más detalle que yo.

—Ya veo... Apague esa luz.

Ella giró el interruptor y la luz de la habitación se apagó, no sin que antes Carella se convenciera de que estaba desierta.

—Volvamos abajo —ordenó.

—¿Le importa que me vista? No deseo seguir proporcionándole un espectáculo.

—En todo caso, es un espectáculo encantador. Póngase una bata, eso bastará.

Ella abrió un armario, sacó la prenda indicada y se cubrió con ella.

Una vez en la planta baja, entraron en lo que parecía un saloncito interior, casi sin muebles, sólo unas sillas y una mesa escritorio vieja y deslucida.

—¿Qué quieres? Usted no es policía... ¿A qué Organismo pertenece? ¿O es ruso? Su manera de hablar le delata... no es alemán.

Carella balanceó la pistola antes de guardarla en el cinto.

—Soy americano —espetó sin rodeos.

Ella dio un salto y quedó de pie, fuera de la silla.

—¿Americano?

Fue una especie de gemido.

—Sí. Quiero hacerle unas preguntas, interrogarla. Y le advierto que puedo ser más desalmado que los rusos si opone dificultades. No puedo permitirme debilidades en esta parte de Berlín.

—No comprendo... ¿Ha cruzado usted el «muro» de Oeste a Este?

—Sí.

Ella iba de estupor en estupor.

—¿Para interrogarme a mí?

—No precisamente. Su dirección ha entrado en el asunto hace poco.

—Sigo sin comprenderlo... No soy tan importante para nadie. Ya mataron a mis padres. ¿Qué puedo importarle yo a nadie?

—Ésta es su dirección. ¿O no?

Ella dio un vistazo a la vieja ficha.

—Sí —reconoció—. Pero vivo sola... trabajo y jamás he pertenecido a ninguna organización política...

—¿Trabaja usted?

—Sí.

—Pero posee una casa magnífica para este sector de Berlín.

—Perteneció a un hermano de mamá. Es todo lo que pudo salvarse del desastre, y yo he seguido viviendo aquí desde que era muy niña.

—¿Siempre sola?

—Hubo un tiempo en que la abuela vivió conmigo y me cuidó. Pero ya murió también.

Repentinamente, Carella inició el ataque por otro flanco.

—¿Qué significa el nombre de Hertenbach para usted?

—Hertenbach...

—¿Y bien?

—He oído ese nombre... estoy segura que lo he oído...

—Era un sargento de S.S., destinado al campo de exterminio de *Ebensee*.

—¡Dios santo, ahora recuerdo! *Ebensee*... allí asesinaron a mi tío, y a miles de inocentes...

—¿Cómo se llamaba su tío? —saltó Carella, presa de un súbito presentimiento.

—Leonid Tandowsky. También era polaco. Papá estuvo preso en Buchenwald, pero logró sobrevivir hasta que fueron liberados... sólo para caer asesinado unos años después por los rusos...

—Lo lamento... esos recuerdos deben ser muy amargos para usted, pero es preciso que le haga estas preguntas. Esta tarjeta, o ficha, estaba en un lugar secreto, entre otras de capital importancia, lo cual demuestra que esta casa, o usted, tienen un valor extraordinario para alguien. Quiero averiguar por qué son tan importantes.

—No sé... no puedo comprender...

—¿Con qué clase de gente se relaciona, qué amigos tiene?

—¿De veras es usted americano?

—Sí.

—Demuéstremelo.

—Eso va a ser muy difícil. Dejé mi documentación en el hotel del Sector Occidental antes de cruzar a esa parte. No puedo permitir que me identifiquen si me sucede algo.

—Pero... pero podrá demostrar usted quién es... de alguna forma...

—No.

—¿A quién conoce en Berlín Occidental?

—A nadie. Llegué a Berlín sólo hace unas horas... aunque tengo la sensación de que hace siglos que estoy aquí...

—¿Qué tabaco fuma?

Carella se quedó sin habla. Y un estremecimiento le recorrió el espinazo al recordar el paquete de Chesterfield que llevaba en el bolsillo. Si hubiera sido detenido por la policía Oriental...

Con una mueca, sacó el paquete y lo entregó a la muchacha, cuyos ojos brillaron de excitación.

—No es de los que se venden en el Sector Occidental... y en esta parte no hay ese tabaco. Éste es un paquete americano...

—¿Cómo puede estar tan segura?

—El Chesterfield que venden en Berlín Occidental en la banda del precinto lleva unas siglas de exportación... y éste carece de ellas.

—Niña, acaba usted de darme una lección que no olvidaré —gruñó Carella, deseando darse de bofetadas a sí mismo—. ¿Ese paquete es suficiente para convencerla de que soy, realmente, americano?

—Me arriesgaré a creerle.

—Muy bien, ahora que está convencida. ¿Qué quería decirme?

—Yo estoy en contacto con un agente de su país.

Carella quedó mudo de estupor.

—¿Con un agente? —balbuceó.

—Es alemán... pero trabaja contra los rusos y contra el gobierno de *Herr* Ulbrich.

—Que me cuelguen sí... ¿Y eso qué tiene que ver con lo que me ha traído aquí? —refunfuñó.

—Él ha logrado atravesar el muro varias veces... lleva información al otro lado, ¿comprende?

—Bueno, ¿y qué pinta usted en ese trabajo?

—Mi casa le sirve de refugio cuando está en esta parte de Berlín. Él guarda aquí una pequeña emisora.

—Ahora soy yo el que no entiendo nada... ¿Qué demonios significa esta ficha, y qué tiene con lo que me cuenta? ¿O está tomándome el pelo, linda?

—¡Oh, no! ¿Es usted agente americano, verdad?

—Algo semejante. Veamos esa emisora antes de seguir adelante.

—Está en el desván.

Volvieron a subir las escaleras a oscuras. Ella le guió por otro tramo de escalones más estrecho y cuando se disponía a encender una luz, una vez en el desván, él gruñó:

—¡Nada de luces! Pueden verlas desde la calle.

—Es cierto...

La casi agotada linterna de Frank le permitió dar un vistazo a lo que le rodeaba. Había polvo por doquier, aparte de los cacharros más o menos inservibles que se encuentran en la mayoría de desvanes.

—¿Dónde está la emisora? —indagó.

—En esa maleta.

Era una vieja maleta de madera de sólido aspecto, aunque de pequeño tamaño. Estaba cerrada con llave, pero la cerradura no resistió el embate de Carella. Ante sus asombrados ojos apareció una vieja emisora de campaña de las que se utilizaron durante la última guerra.

—¿La había visto usted otras veces? —preguntó.

—Sí. Cada vez que viene la revisa para que esté siempre en condiciones de emitir.

—¿La ha utilizado alguna vez delante de usted?

—No, porque la reserva sólo para un caso de emergencia. Él lleva los informes personalmente. Arriesga la vida, ¿comprende?

—Está bien, está bien; digamos que es una especie de héroe mitológico. Pero dudo que con esta emisora pudiera transmitir un mensaje ni siquiera al vecino de ahí al lado...

—¿Cómo?

—Es un trasto viejo...

—¡Él la cuida con todo esmero! —protestó Erika—. La tiene siempre a punto... la desarma, revisa pieza por pieza y luego vuelve a montarla. Siempre está a punto para funcionar.

—Tal vez...

Cerró la maleta de madera y se quedó inmóvil, mirándola. Se dijo aquello no tenía sentido... no era el comportamiento de un agente que supiera lo que llevaba entre manos...

—Veamos. ¿Cómo se llama ese amigo suyo?

Ella titubeó.

—No sé realmente quién es usted; reflexionó en voz alta. —Si está a sueldo de...

—¡Oh, demonios, olvídense de eso!

—Se llama Hugo Grimmer.

—Describámelo.

—Tiene unos cincuenta y cinco años... es un hombre fuerte y bondadoso. Conoció a mis padres, y al tío Leonid. Hablamos con ellos algunas veces y él se emociona con los recuerdos.

—¿Tiene el cabello muy blanco y abundante?

—Sí.

—¡Condenación! —estalló Carella, comprendiendo de repente.

Ella se asustó.

—¿Qué le pasa?

¡Kurt Hertenbach! —exclamó—. Él es su cariñoso agente. La ha estado engañando miserablemente, y creo que empiezo a comprender por qué.

Muda de estupor, la muchacha retrocedió un paso.

—¡No! —gritó—. ¡No me ha engañado... le he ayudado siempre... es bueno conmigo y me trae dinero...!

—¿Dólares?

—No; marcos orientales.

—Es fácil cambiarlos. Ahora, veamos qué demonios significa este trasto. Pudo engañarla a usted con él pero no a mí...

Un par de golpes arrancaron la tapa de la emisora. Una maraña de cables y fragmentos de lámparas saltaron ante sus ojos. Debajo de todo ello, acondicionadas en una cavidad perfectamente ajustada, había dos juegos de planchas de imprimir.

A pesar de su férreo dominio, Carella notó cómo el pulso se le encabritaba ante el hallazgo. Sacó las planchas ante los ojos

atónitos de la muchacha. Había un juego para la impresión de billetes de cien dólares y otro para los de cincuenta.

—¿Qué... qué significa esto? —balbuceó Erika.

—Esto significa que acabo de encontrar algo que vale miles de millones para mi país.

—No comprendo...

—¿Tiene usted algunas herramientas en casa? Limas, un martillo o cualquier otra cosa servirá.

—¿Para qué lo quiere?

—Para destruir esto.

—¡Pero si vale tantos millones...!

—Precisamente.

—No le entiendo... pero tengo herramientas abajo, en la cocina.

—Vamos allí.

Carella estaba alegre. Incluso había olvidado que, para poder cantar victoria, todavía le quedaba por atravesar el muro otra vez, y en la dirección más difícil.

CAPÍTULO X

INFIERNO DESENCADENADO

La voz de Erika le arrancó de la contemplación de los restos de las planchas.

—¿Qué va a hacer ahora?

Frank dejó la lima a un lado, aquellas planchas jamás volverían a utilizarse.

—Regresar a Berlín Occidental.

—¿Sabe cómo hacerlo?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco...

—¿Por dónde cruzaba su supuesto agente y amigo?

—Nunca me lo dijo. Opinaba que cuando menos supiera menos riesgo correría en un caso de apuro.

—Ya veo... Es condenadamente listo...

—¿Por dónde piensa cruzar el «muro»?

Tras una pausa, Carella gruñó:

—Intentaré utilizar el mismo sistema que para entrar aquí. Aunque dudo que sirva porque a estas horas deben...

Calló antes de revelarle a la joven que había matado a un *vopo*. Hay cosas que no pueden contarse a la ligera.

Y repentinamente, ella musitó:

—Lléveme con usted, ¿quiere?

—¡Qué!

—Quiero escapar de aquí... Sé que la vida es mejor al otro lado... y hay libertad y una puede ir a dónde se le antoje...

—¿Adónde quiere ir usted?

—América.

—Mire, pequeña; es una locura. No sé si lograré pasar. Y no

puedo perder tiempo aguardando una oportunidad. He de volver esta misma noche, antes que amanezca.

—No me importa el riesgo. Todo lo que me retenía aquí era mi supuesto amigo... Yo deseaba ayudarlo en todo porque creía que así vengaba a mis padres. Quería vengarme, ¿comprende? Causar todo el daño posible a los asesinos que gobiernan aquí... Ahora... ahora ya nada me retiene. Tanto si me lleva con usted como si he de intentarlo sola, huiré al otro lado del «muro».

—¿No le importa que la maten?

—¡Claro que me importa! Pero estoy dispuesta a correr ese peligro. ¿No quiere comprenderlo usted? O quizá teme que llevándome le cree dificultades... cree que seré un lastre para su huida...

—Eso no me detendría. Es sólo lo incierto de la aventura. La llevaría conmigo sin dudarle si supiera el camino seguro de cruzar. Pero he de hacerlo aunque sea por la fuerza, arriesgándome, matando si es preciso... Los *vopos* no están acostumbrados a que los fugitivos de este sector se resistan, devuelvan el fuego. Los matan como quien caza conejos. La sorpresa de ver que esta vez es distinto, si llega el caso, me dará una leve ventaja. ¿Comprende la clase de empresa que voy a emprender?

—Sí.

—Bien, entonces...

—Estoy dispuesta a compartir los riesgos con usted. Carella lanzó una maldición que resonó como un pistoletazo.

—¡Está rematadamente loca! —estalló.

—Es posible. Pero si me deja aquí le denunciaré... empezaré a chillar... haré cualquier cosa para que le cacen...

Él enseñó los dientes en una sonrisa de lobo.

—Podría hacerla callar de manera muy efectiva... pero no lo haré. Después de todo, si está loca es lógico que junte su destino al de un tipo que también está más o menos chiflado... Pero no podrá llevarse equipaje alguno.

—¡Mein Gott! —Casi chilló Erika—. ¿Va a llevarme?

—¿Y qué remedio me queda? Ande, vístase.

—Suba. —Suba usted conmigo arriba... Tengo miedo de que aproveche para escaparse... ¡Dios santo! Huir... vivir libremente...

Temblaba de excitación. Frank la acompañó hasta la habitación

y se dispuso a esperarla en el pasillo. Pero le agarró del brazo.

—¡Ni lo sueñe! —dijo—. Entre, y cerraré la puerta. No quiero perderle de vista.

—¿Ni siquiera cuando esté vistiéndose?

—Ni siquiera entonces...

Le miró, desafiante. Carella se encogió de hombros, pero algo semejante a una sonrisa aleteó en sus férreos labios.

—Okey, como quiera. Apresúrese.

Se despojó de la bata y corrió hacia un armario. Antes de volverse de espaldas tuvo una fugaz visión de un cuerpo nacarado moviéndose con la celeridad de una chispa de luz.

Ella no tardó más que unos minutos en exclamar:

—¿Qué le parece mi equipo?

Volviéndose, Carella enarcó las cejas. Erika se había embutido en unos pantalones ajustados a la piel. Una delgada blusa azul oscuro moldeaba sus juveniles senos. No parecía llevar nada más debajo de estas dos prendas. Unas sandalias sin tacón completaban su indumentaria.

—¿Y bien? —insistió ella.

—Me parece el equipo perfecto para una aventurera —gruñó Frank entre dientes, secretamente admirado de la pujante belleza de la joven—. Es mejor que nos vayamos ya.

Ella apagó las luces y descendieron al jardín. Antes de alejarse, la muchacha se volvió para dar un último vistazo a la casa. Unas lágrimas brillaron en sus ojos antes de caerle por las mejillas.

—Comprendo lo que siente —refunfuñó Carella—; pero debemos darnos prisa.

—Sí... sí... Vamos.

Anduvieron apresuradamente. Ella advirtió pronto la dirección que llevaban. Con voz que ya no tenía la seguridad de antes susurró:

—Ésta es la parte del «muro» que está mejor guardada... ¿Lo sabe?

—Sí. Pero veremos si las estaciones del Metro también lo están.

—¡Oh, no intentará cruzar por ellas!

—¿Por qué no? He entrado así.

—Pero... pero hay un centinela en cada una...

—Lo sé.

Ella levantó la cara y le miró, fijándose en la dureza de aquellos rasgos, y el acero de los ojos...

—Comprendo —balbuceó.

—¿Sí?

—Lo ha matado.

—Sí.

Erika se estremeció. Con manos temblorosas se agarró a su brazo y así recorrieron otro trecho, hasta encontrar calles mejor alumbradas. Y de repente, delante de ellos, procedentes de una esquina, dos policías aparecieron como surgidos de la tierra.

Sin pronunciar palabra, Frank rodeó la cintura de la muchacha y la apretó contra sí, al mismo tiempo que, inclinando la cabeza, la besaba fugazmente sin dejar de andar.

—¡No resista, pequeña! —susurró, con los labios rozando los de ella.

Erika comprendió. En realidad, fue ella la que completó el beso, uniendo firmemente sus labios a los del hombre que le llevaba a la libertad.

Los policías pasaron por su lado mirándoles descaradamente. Después de cruzar, Carella captó el cese de sus pisadas. Separó los labios.

—Se han detenido —susurró.

—No me has dejado decírtelo antes... porque estabas besándome. Pero en este sector, los novios no pasean a las cuatro y media de la madrugada.

—Ya veo...

Los pasos, a sus espaldas, se reanudaron. Pero en su misma dirección.

Ella se aferró con fuerza a su brazo.

—¡Nos siguen! —sollozó.

—Cálmate.

—¡Eh, ustedes, alto!

La seca orden rompió el silencio de la calle. Se volvieron. Los dos policías se les acercaban. Uno redujo el paso y se quedó a un lado, con la mano cerca de la funda de su revólver. Su compañero se detuvo a un paso de Carella.

—Documentos.

Frank maldijo la mala suerte que le había hecho tropezar con la

pareja de celosos policías.

—¿No me han oído? —insistió el guardia—. ¡Quiero ver su identificación! Después veremos qué están haciendo a estas horas, en este sector.

—Un momento...

Carella hundió la mano bajo la chaqueta. Sus dedos se cerraron sobre la culata de la «Magnum». Cuando la sacó lo hizo con un movimiento perfectamente calmado, como si fuera la documentación lo que se disponía a exhibir.

Los dos policías dieron un brinco al ver la monstruosa pistola.

Carella dijo:

—Tranquilos, polizontes. Colóquense de cara a la pared... ¡Vamos, rápido!

Ambos hombres obedecieron de evidente mala gana. Con voz estrangulada la muchacha susurró:

—¡No los mates... por favor...!

—¿Quién te ha dicho que voy a liquidarlos?

Se acercó a los dos por detrás. Su voz sonó seca cuando ordenó:

—Apoyen las manos en el muro y retrocedan un paso... así está bien.

Levantó la pistola y descargó un duro culatazo en la nuca del primero, que se desplomó sin un quejido. El otro movió un poco la cabeza. Inmediatamente saltó de costado. Fue un movimiento relámpago que tomó desprevenido a Carella, que ya levantaba de nuevo su arma para abatirla sobre su cabeza.

El guardia se dejó caer al suelo con el mismo movimiento que hizo al saltar de costado. Casi antes de golpear contra la acera ya tenía el revólver en la mano y disparó de manera centelleante. La bala levantó un surtidor de estuco a unas pulgadas de la cabeza de Frank, mientras el estampido semejaba multiplicarse en el silencio de la madrugada.

Con una maldición, Carella apretó el gatillo. La «Magnum 389», saltó en su mano como un ser vivo. El policía recibió el impacto en el pecho, rebotando contra el suelo cuando se disponía a repetir su disparo. No obstante, con un último esfuerzo, todavía oprimió el disparador una vez más, aunque la bala se alejó a ras de acera en medio del nuevo estruendo.

Apretada contra el muro, Erika contuvo las ansias de chillar y

miró al guardia muerto con ojos de pánico. Vio cómo Carella se inclinaba para apoderarse de las armas de los agentes y luego se volvía hacia ella con una salvaje expresión en su rostro de piedra.

—Lo siento, pequeña —murmuró, tomándola del brazo—. No he podido evitarlo.

—Lo sé... pero ha sido espantoso...

—Vámonos de aquí. Los disparos levantarán a toda la ciudad. ¿Qué demonios hay en esta vecindad para que esté tan vigilada?

—El cuartel general soviético...

—¡Infiernos! ¿Por qué no me lo dijiste?

Echaron a correr. Ya se oían las voces de mando de los policías de patrulla, y los pasos de botas claveteadas. Torcieron una esquina y después otra. Carella exclamó:

—¡Vamos a meternos en un buen lío si nos ven correr!

Obligó a la muchacha a reducir el paso. Ella le miró con ojos asustados.

—No lo conseguiremos, ¿verdad?

—No seas ave de mal agüero, pequeña. De momento ya has visto que no podemos andarnos por las ramas.

Tal vez logremos armar un conflicto internacional, pero saldremos de aquí.

—¡Mira!

Una patrulla de *vopos* se acercaba a paso de carga por el otro lado de la calle. Se detuvieron pegados a la pared. Con voz suave Frank preguntó:

—¿Estamos muy lejos de la estación del Metro?

—¿De cuál?

—No importa. Cualquiera que esté cerrada al público en la línea de .

—Tres o cuatro manzanas... pero fíjate.

Había donde fijarse. La patrulla de *vopos* les había rebasado sin verles y se alejaba ya, pero un nuevo grupo de ellos surgió de la siguiente esquina. Eran cinco, armados de metralletas, y estaban en su misma acera. Iban a tropezarse con ellos sin la menor duda.

—¡Nos detendrán! —susurró Erika.

—Quizá tengan tanta prisa como los otros...

Pero le desmintieron cuando estaban sólo a unos sesenta metros. El oficial que los mandaba descubrió la presencia de la pareja y dio

una seca voz de mando. El grupo hizo alto y el oficial gritó:

—¡Levanten los brazos y no se muevan!

—Están muy nerviosos estos chicos —farfulló Carella, empezando a levantar las manos muy despacio.

—Es su manera de actuar cuando hay alarma. Y disparan a la menor señal de desobediencia...

—Ya veo... Échate al suelo cuando te lo diga.

—¿Al suelo?

—Y aplástate contra la acera si no quieres que te vuele la cabeza, pequeña...

El oficial había reanudado la marcha. Avanzó unos diez metros más, seguido de sus hombres. Entonces, Carella susurró:

—¡Ahora, linda, al suelo!

Erika obedeció como si fuera a zambullirse en una piscina. Simultáneamente, Frank volteó la mano y un pequeño cilindro salió volando en busca del grupo.

La bomba estaba todavía en el aire cuando Carella se dejó caer sobre la muchacha, protegiéndola con su cuerpo.

Empuñaba su automática, pero no disparó todavía.

Hubo un grito de alarma por parte del oficial. Inmediatamente, una tremenda explosión barrió al grupo de *vopos*, levantando parte de la acera y derribando un trozo de muro allí donde el grupo se había detenido. Una espesa humareda se elevó entre el resplandor anaranjado del estallido.

—¡Arriba!

Los poderosos brazos de Carella levantaron a la muchacha en volandas y echaron a correr nuevamente. Frank tuvo la esperanza de que ella no mirase lo que quedaba en el lugar donde había estallado la bomba especial, porque los nauseabundos restos eran un espectáculo horroroso para una chiquilla ya dominada por el pánico.

Lograron avanzar más de una manzana, oyendo carreras de pisadas por todas partes, y voces autoritarias resonando como disparos.

—¡La estación está después de aquella esquina! —jadeó la joven.

Justo cuando la señalaba, dos *vopos* la doblaron a todo correr. Uno de ellos señaló a la pareja y de nuevo Carella se colocó ante Erika, empujándola contra la pared. Al mismo tiempo, su

«Magnum» se encabritó varias veces emitiendo los apagados «plops» del silenciador, enviando la muerte por delante para despejarles el camino.

Los dos *vopos* recibieron la descarga antes que pudieran emplear sus metralletas. Ambos giraron locamente, tropezando el uno contra el otro y desplomándose después igual que muñecos de feria.

—¡Vamos otra vez, pequeña!

Casi necesitó arrastrarla para que se moviera. Ella era sólo un manojo de nervios incapaz de razonar, pero corrió cuando él la obligó, de modo que consiguieron llegar a la vista de la estación del Metro... sólo para detenerse en seco justo en la esquina.

Había un camión militar junto a la entrada a la estación, y un gran movimiento de uniformes a su alrededor.

—¡Las tienen custodiadas por el ejército de *vopos*! —masculló Fran, furioso—. Nos han cerrado el camino...

—A diez minutos de aquí hay un puesto de control... en el sector inglés...

—¿Serías capaz de guiarme hasta allí?

—Sí... pero estarán alerta...

—No importa. Ésta es una jugada en la que sólo se puede ir hacia adelante. Voy a arrojar una bomba dentro de la estación. Todos esos tipos saldrán a escape en todas direcciones. Entonces echas a correr y te encaramas a su camión, ¿entiendes? Yo te cubriré hasta que llegues.

—¿Y tú?

—Te seguiré. Todavía me quedan algunas sorpresas para estos «camaradas»...

—¿Y sí... si no puedes reunirte conmigo?

—Mala suerte —gruñó Frank lacónicamente.

—Por lo menos... dime tu nombre. Nunca había conocido a nadie como tú y deseo saberlo para recordarte siempre... pase lo que pase.

—No te pongas sentimental ahora, linda... Bien, Frank Carella, si eso ha de animarte.

—Frank... ¿Frankie?

—Hay quién me llama así algunas veces. Ahora, atención; espera a moverte hasta que veas que se ha desatado el infierno allí delante...

La dejó para avanzar pegado a la pared hasta una distancia desde la que le fuera posible asegurar el lanzamiento. Erika le vio perderse en la oscuridad apretándose los puños contra la boca para contener sus ansias de llamarlo.

De repente, vio una llamarada elevarse en medio de las rejas de la estación. El estallido la zarandeó, pero se mantuvo pegada en la sombra, mientras un huracán parecía barrer a los *vopos* en todas direcciones.

Otra bomba estalló a alguna distancia del camión, detrás de un grupo de guardianes que corrían alocadamente, levantándolos del suelo, destrozándoles y sembrando la muerte a su alrededor.

Y el camión quedó solo.

Erika corrió sin darse cuenta que detrás de ella lo hacía también Carella, empuñando los dos revólveres que pertenecieran a los policías muertos.

Alguien gritó en alguna parte. Una metralleta comenzó a cantar su cántico mortal en alguna parte y Frank se detuvo en seco. Cuando localizó al tirador comenzó a disparar con ambas manos, frenéticamente, porque se había dado cuenta que la ráfaga iba dirigida a la muchacha.

La metralleta enmudeció. Siguió corriendo. Vio a Erika encaramarse a la elevada cabina del camión y segundos después él hizo lo mismo, colocándose ante el volante.

Tardó unos segundos preciosos localizando la puesta en marcha de aquel mastodonte de diez ruedas, pero al fin el formidable motor rugió como una bestia enfurecida.

—¡Ahora es cuando debes rezar para que tengamos suerte, pequeña!

Ella no replicó. Frank hizo dar la vuelta al vehículo y encendió los faros, cuyos conos de luz revelaron a tres *vopos* estupefactos que corrían hacia ellos como si quisieran cerrarles el paso.

Hundió el acelerador. Uno de sus enemigos levantó la metralleta, pero no tuvo tiempo de disparar porque desapareció ante el gigantesco morro del camión como engullido por él. Las ruedas apenas si acusaron un leve balanceo...

—¿Erika?

—Sí, Frankie...

—¿Es ésta la dirección?

—Sí... sigue hasta dos calles más adelante. Luego a la derecha...

De nuevo, detrás suyo y alguien comenzó a disparar con una metralleta. Las balas repicaron contra la carrocería metálica. Frank gruñó:

—Están despilfarrando munición. Este camión es una especie de blindado... espero que los cristales también lo sean.

—Frankie...

—¿Qué quieres?

Ella no replicó. Carella volvió la cabeza, sólo para tropezar con aquellos inmensos ojos azules cargados de terror.

—Ahora viene lo peor, pequeña. Pero te agacharás cuando lleguemos a la vista del puesto de control, ¿entiendes?

—Sí...

Dobló la esquina. Ya no se oían más disparos. Ella gritó:

—¡Allí, mira!

Frank ya había descubierto las brillantes luces, la barrera, las casetas de la guardia y los obstáculos dispuestos escalonadamente al otro lado, como dejados caer al azar formando un pasillo en zigzag. Maldijo en voz alta al darse cuenta que jamás podría reducir los obstáculos por muy blindado que fuera el camión.

—¡Escucha, pequeña, y acuérdate de todo porque no hay tiempo de repetir nada! —gritó para hacerse oír en medio del estruendo del motor acelerado a todo gas—. Voy a lanzarme sobre la barrera. Podremos pasar y derribar un par de esos obstáculos. Luego, el camión se detendrá. Tú echarás a correr hacia el otro lado. ¿Conformes?

—¿Y tú?

—Te seguiré después, cuando los haya contenido.

—¡No podrás, Frank, te matarán!

—No lo creo. Si te fijas bien, esos obstáculos forman también unas trincheras estupendas... ¡Atención ahora!

Un oficial estaba agitando los brazos ante la barrera.

—¡Al suelo!

Erika se dejó caer en el asiento hecha un ovillo. Frank separó una mano del volante y extrajo una de las diminutas bombas. Una sonrisa salvaje afloró a sus labios cuando lanzó el camión como una tromba sobre el oficial, que no tuvo tiempo de saltar y fue aplastado bajo el mastodonte mecánico. Luego, la barrera se astilló ante el

empuje del morro blindado, mientras los guardias comenzaban a disparar, presas de frenético estupor.

Pero ya la bomba había abandonado la mano de Carella y su estallido levantaba del suelo a guardias y garitas, sembrando la confusión y el caos, y la muerte entre el volcán de fuego y humo que se elevó junto con los cuerpos destrozados.

—¡Cuidado, Erika!

Hubo un tremendo encontronazo y el obstáculo de cemento armado levantó al camión en vilo. La muchacha fue arrojada fuera del asiento, pero casi al instante se irguió al darse cuenta que el vehículo se había detenido.

—¡Abajo ahora!

Saltaron, echando a correr hasta el siguiente obstáculo, donde se agazaparon a tiempo, puesto que los *vopos* supervivientes comenzaban a disparar con furia salvaje.

—¡No podrán acercarse aquí, Erika, de modo que aléjate ahora!

—¡No te dejaré, Frank!

—¡Condenación! He armado todo este alboroto en tu obsequio, así que lárgate o te dejo en la estacada. Y no les des mi nombre a los simpáticos Tommys.

—¿Por qué? Tienes que cruzar...

Ocupado en disparar contra los *vopos*, Carella la empujó con el brazo, gruñendo enfurecido:

—¡Corre, estúpida, antes que les lleguen refuerzos!

—No diré quién me ha salvado... pero jamás me olvidaré de ti. Si todo hubiese sido diferente...

Un guardia fronterizo salió de su escondrijo para ir a parapetarse detrás del destrozado camión. Pero una bala de Carella lo tumbó en medio de la calzada, como una advertencia para sus otros compañeros.

Frank notó los labios de la muchacha en su mejilla. Se estremeció. Luego, ella echó a correr agachada de obstáculo en obstáculo, dejando atrás la muerte y la opresión en que había vivido hasta entonces.

Carella quedó solo. Se sintió mejor al no tener a la joven al lado. Tanteó sus bolsillos, comprobando que sólo le quedaba una bomba. Era hora de hacer algo más que contener los esporádicos intentos de aproximación de los *vopos*, de manera que dejó de disparar.

Le mandaron algunas ráfagas de tanteo que apenas si lograron hacer mella en el cemento. Luego, en silencio, varias figuras se arrastraron hacia donde el camión había quedado detenido. Carella enseñó los dientes a la noche en una mueca de satisfacción.

Fue contando a los arriesgados guardianes. Seis llegaron al camión, desde dónde le mandaron nuevas ráfagas, sólo para asegurarse de que estaba muerto.

Entonces lanzó la bomba, y el estallido acabó de despanzurrar el camión, no haciendo distingos entre el metal y los seres humanos. Se levantó la correspondiente humareda, velando la visión de Carella, pero impidiendo igualmente a los demás *vopos* distinguir más allá del lugar de la explosión.

Entonces echó a correr. Vio la gran excitación que reinaba entre los guardias ingleses. Incluso estaban emplazando una ametralladora.

Y entonces, los guardias comunistas cometieron un error mayúsculo. Acababan de descubrir al fugitivo y, dominados por el furor, reanudaron las largas ráfagas de sus metralletas. Frank se zambulló detrás del último obstáculo que tenía delante, mientras las balas aullaban por encima de él yendo a alborotar a los soldados de su Graciosa Majestad, obligándoles a buscar protección y destrozando uno de sus potentes focos.

Instantáneamente, sonó una seca orden de fuego y la ametralladora entró en acción con dos cortas ráfagas de aviso. Carella pensó que era el sonido más agradable que había oído en mucho tiempo, ya que el ronco tabletear de la «Hopkins» obligó a las metralletas a enmudecer definitivamente.

Dos minutos más tarde estaba ante el revólver de un nervioso teniente británico.

—Calma, muchacho —jadeó—. ¿Cómo está la chica?

—No la han herido si es eso lo que quiere saber. Ahora dígame quién es usted, antes de llevarlo al cuartel general.

—Soy inglés. Mi nombre es John Johnson. Y sólo hablaré con alguien de general para arriba.

—Sí, ¿verdad? ¿Qué cree que sucederá después de esta batalla?

—Eso es algo que deberán resolver ustedes...

—Andando, John Johnson. Tiene muchas cosas que contar.

Desfilaron por entre los asombrados soldados ingleses. Instantes

después, el teniente empujaba a Carella hacia un «jeep» que aguardaba con un joven recluta al volante.

Tan pronto el vehículo se puso en marcha Carella dijo:

—Es usted un tanto descuidado, teniente.

—¿Sí?

—Por supuesto. Ni siquiera me ha desarmado.

—No creí que quisiera seguir la batalla en este sector... pero ya que insiste...

Frank sacó los revólveres y los dejó sobre el asiento. Estaban vacíos. Luego empuñó la «Magnum» y sonrió.

—Ha sido usted muy amable, teniente... Ahora ordene que ese chico detenga el «jeep» o proseguirá el tiroteo.

—No creo que se atreva a disparar.

—¿No? Observe el silenciador y cambiará de idea.

El oficial dudó unos segundos. Después gritó:

—¡Detenga el coche, soldado!

—Así está bien... Cuando yo me haya apeado aléjense de aquí a toda velocidad o comenzaré a disparar... Ésta es mi noche de aciertos...

De un salto estuvo en el suelo. El teniente dio una orden y el «jeep» reanudó la carrera, mientras Carella se hundía en las sombras de una calle lateral pensando que al fin Erika había hallado la libertad... Tendría que presionar al Secretario de Justicia para que hiciera algo en obsequio de la bella joven... de manera anónima, por supuesto.

Cuando llegó al hotel las luces del alba despertaban a Berlín como todos los días, sólo que ese amanecer encontró la línea divisoria mucho más alborotada que de costumbre.

Antes de acostarse totalmente agotado, Carella redactó un largo cablegrama para el Secretario de Justicia, lo puso en clave e inmediatamente lo remitió por teléfono a Johnny Rugolo, a Nueva York. Después se durmió tan cansado que ni siquiera la tensión de nervios consiguió turbar su sueño durante las siguientes horas...

CAPÍTULO XI

LA PISTA

Los periódicos voceaban la batalla habida entre los dos sectores. Confusas noticias procedentes del otro lado del *muro de la vergüenza* contribuían a que la importancia de lo acaecido resultara todavía más espectacular. Incluso se hablaba de una acción concertada por un grupo de jóvenes entrenados para facilitar fugas del Berlín Este...

—Un grupo —gruñó Frank entre dientes—. Seguro; Frank Carella y Compañía...

Permaneció veinticuatro horas más en Berlín. Esperó el resultado de su cable dando alguna que otra vuelta por las cercanías de la Dorfelplatz como un paseante desocupado.

Así tuvo la satisfacción de ver, al anochecer de su segundo día después de la batalla, cómo un destacamento de policías occidentales, acompañados de dos oficiales americanos, irrumpían en la dirección que constaba en la segunda de las fichas que guardara en su incursión. Contempló la fulminante racia mezclado entre el gentío que se congregó al otro lado de la plaza.

La policía tardó poco en sacar a dos individuos esposados, mientras comenzaban a correr toda clase de rumores entre la gente. Finalmente, llegaron los reporteros y corresponsales extranjeros y sólo entonces se supo que en la casa, ocupando la mayor parte de los talleres de imprenta, se habían encontrado pruebas de una falsificación de moneda extranjera.

Carella sonrió para sí. La parte más importante de su misión estaba concluida. Destruídas las planchas y desmantelado el taller de impresión, la gigantesca estafa a escala mundial quedaba fuera de combate.

Lo que tardó algunos días más a saber, fue el éxito de las respectivas policías de cuántos países figuraban en el fichero que descubriera en el sótano del Banco en ruinas, y cuyos detalles había cableografiado a Nueva York. En cada una de aquellas direcciones fueron encontrados grandes depósitos de dólares ya impresos, guardados a la espera del momento en que hubieran sido puestos en circulación simultáneamente, en una gigantesca operación cuyo cerebro rector todavía andaba suelto.

Pero de todo esto, Frank no se enteró hasta que estuvo de nuevo en Frankfort, cambiando impresiones con el mayor Ansum en un ambiente tirante a causa de su negativa a dar explicaciones de su ausencia.

También el capitán Jasper parecía molesto, pero se mostró más accesible que su superior.

—Lamento decirle que su presa escapó, Carella.

—¿Hertenbach?

—El mismo. Logró salir del país en un avión privado, uno de esos «taxis aéreos», y bajo nombre supuesto.

—¿Se sabe adónde se dirigir?

—El avión le llevó a un aeropuerto deportivo francés. Allí volvió a esfumarse.

Carella sonrió:

—Se dirige a Estados Unidos.

Jasper dio un respingo.

—¿Cómo puede saberlo usted? —exclamó, estupefacto.

—Porque es el único país donde la policía no ha saqueado sus depósitos. Él piensa que sus reservas en mi patria no son conocidas todavía.

—Empiezo a comprenderlo... aunque usted no haya sido muy explícito acerca de su maldita misión. Usted ha dejado intactas esas reservas precisamente para que él vaya allá.

—Justamente. No creo que tenga mucho dinero a mano... Irá en busca del que guarda su socio en cierta granja.

—¿Una granja?

—Así es.

—¿Dónde?

—Hablemos del tiempo, capitán...

—Entiendo —rió Jasper—. ¿Cuándo se marcha usted?

—Esta misma noche.

—¿Por qué no me cuenta un poco más de semejante embrollo? Le garantizo que lo consideraré estrictamente secreto.

—No es posible. Lo único que me atrevo a decirle, es que esta operación se gestó en las últimas horas del poder nazi, cuando un grupo de prisioneros fueron llevados al campo de Ebensee con la orden tajante de hacerlos desaparecer. Ese grupo de hombres eran los expertos grabadores, impresores y químicos que habían fabricado las planchas, el papel y las tintas necesarias para una ingente falsificación...

—¿Y...?

—Sólo que Hertenbach se olió el asunto de alguna manera. Separó a los hombres clave del grupo, los sustituyó por otros prisioneros que fueron eliminados con los nombres de esos especialistas, para lo cual necesitó la complicidad de algunos de los guardianes, y se dispuso a poner en marcha el más gigantesco negocio sucio de la historia...

—Ya entiendo. Sólo que fueron capturados y condenados. Hubo de esperar todos esos años, hasta estar en libertad, para iniciar la estafa.

—Justamente.

Jasper suspiró.

—Debe haberse divertido usted, ¿eh? A propósito, ¿ha leído los periódicos? Ha habido jaleo en Berlín según creo.

—No sé una palabra. Y ahora, si no le importa...

—Está bien, llévese sus malditos informes, pero supongo que la policía americana está ya vigilando la granja de que ha hablado...

—No.

—¿Cómo?

—Sólo un hombre la vigila, y le aseguro que es mucho más peligroso y despiadado que un destacamento de policías. ¿Alguna pregunta más?

—Muchas, pero ya sé que no las respondería, así que lárguese de una vez y déjenos en paz. Buen viaje.

—Gracias por todo, Jasper. Quizá volvamos a vernos alguna vez.

—¡Dios no lo permita!

Ambos se echaron a reír, estrechándose las manos. Horas más tarde, Frank Carella volaba rumbo a Nueva York con la mente

trabajando a toda presión, pensando en los sucesos pasados y en los que se avecinaban todavía. Imaginó a Johnny Rugolo espiando la granja cuya dirección constaba en la ficha correspondiente a los Estados Unidos... y sonrió para sí.

Johnny era un elemento excelente... sería un buen refuerzo para la última parte de aquel drama que tan cerca de la muerte le había llevado.

Y Erika... quizá algún día...

Cerró los ojos y trató de dormir en la confortable butaca del avión. Pero el bello rostro de la muchacha alemana le acompañó, desvelándole... aunque dejándole soñar despierto.

CAPÍTULO XII

LA MUERTE DEL RESUCITADO

Carella y Johnny Rugolo se agazaparon pegados a la hierba. A poca distancia, la masa oscura de la granja se alzaba recortándose contra el estrellado cielo. Johnny susurró:

—Opino que sería una gran cosa que Peter y Lin estuvieran ahora con nosotros.

—¿Tienes miedo, Johnny? —murmuró Frank.

—Bueno, algo muy parecido. Por lo menos hay cinco hombres ahí dentro, armados y dispuestos a matar sin contemplaciones. No van a permitir que arruinemos su negocio sin resistirse como locos.

—Por lo menos uno de ellos está condenadamente loco —gruñó Carella, pensando en Hertenbach.

—No va a ser fácil desalojarlos...

—Podríamos pegarle fuego a la granja, eso les haría salir.

—Seguro; y atraería la atención de todo el condado. Frank rió por lo bajo.

—Buena respuesta —dijo—. Lo haremos a nuestro modo, aunque el ruido atraiga también la atención. Deberemos darnos prisa.

—Bien, ¿a qué esperamos?

—Rodea la granja, Johnny. Tienes diez minutos para colocarte al otro lado. Vamos a sincronizar nuestros relojes. Pasado ese tiempo todo lo que nos queda por hacer es atacar, de modo que no economicemos ni las bombas ni la munición.

Ajustaron sus relojes. Tras esto, Johnny Rugolo dio una palmada en la espalda de su jefe y desapareció tragado por las sombras.

Como siempre que sus hombres arriesgaban la vida, Carella necesitó de su férreo dominio para contener los nervios. Luego, a

medida que los minutos fueron transcurriendo, sus nervios se calmaron ante la inminencia de la acción. Suspiró en silencio. Faltaban siete minutos cuando pensó en el pasado, en los primeros tiempos de aquella especie de asociación suicida, cuando surgiera la idea de formar el grupo de *Los Justicieros*, para contener el crimen organizado y al que las endeble leyes del país dejaban casi en condiciones de desenvolverse a sus anchas.

Sólo *Los Justicieros* podían contenerlo de manera radical y fulminante, ahogándolo en su propia violencia allí donde se produjera, en cualquier parte del mundo siempre que amenazara la paz y el bienestar de la patria...

Tres minutos. Apretó los dientes. Johnny debía estar a punto de alcanzar la posición indicada.

Carella acarició el frío acero de la compacta ametralladora «Sten». Levantó el seguro y corrió el cerrojo para iniciar la ráfaga. Después, cuando según el reloj sólo faltaba un minuto para el instante culminante del ataque, sacó una granada de fabricación especial, no más grande que un huevo de gallina, pero más potente que todas las bombas de mano conocidas en los frentes de combate.

Las agujas luminosas de su reloj señalaron el segundo final de la espera. Entonces se arrastró como un piel roja acercándose a pocos pasos de la granja. Balanceó el brazo y arrojó la diminuta granada.

El cilindro rompió los cristales de una ventana... El estrépito de los vidrios resonó en el silencio nocturno de manera chillona, pero fue ahogado casi al instante por el horriblo estallido de la bomba.

Hubo una llamarada y una densa polvareda cuando parte de la pared se vino al suelo. Una lluvia de cascotes cayó cerca de Frank, mientras el humo acre de la explosión cosquilleaba en su garganta.

Todavía vibraba el estallido en sus oídos cuando otra explosión en la fachada posterior le indicó que Johnny entraba en liza sin contemplaciones.

Entonces levantó la «Sten» y envió una ráfaga de balas contra el boquete abierto por la bomba. Inmediatamente oyó los gritos dentro de la granja, y otros disparos en la fachada que atacaba Johnny. Esperó con el dedo curvado sobre el disparador hasta que, por entre los cascotes que se amontonaban en la derruida pared, empezaron a disparar a ciegas. Calculó que había dos armas allí. Sonrió fríamente al disparar otra ráfaga.

—El fuego de sus enemigos cesó por un instante, sólo para reanudarse con más intensidad a continuación.

—Muy bien, bastardos —gruñó, empuñando otra pequeña granada.

La arrojó contra los ocultos tiradores y aguardó, agachando la cabeza, los pocos segundos que transcurrieron antes del estallido. Cuando éste se produjo, saltó de pie y echó a correr con la «Sten» vomitando plomo sin cesar.

Saltó los montones de escombros aullando como un indio en pie de guerra. El retumbar de la ametralladora parecía un largo trueno que no fuera a terminar jamás.

En medio del caos producido por las bombas, Carella descubrió el cuerpo retorcido de un hombre con el pecho destrozado. Inclinandose, reconoció a Tandowsky.

El genial grabador polaco ya no volvería a resucitar nunca más. Se dijo que, después de todo, había entrado en el mundo al que pertenecía desde veintiún años atrás; el mundo de los muertos.

Se desentendió de él al descubrir a otro hombre que se alejaba a saltos. No le dio cuartel; la ametralladora cambió de dirección y rugió nuevamente su cántico mortal.

Cuando cesó de disparar, escuchó el rugir insistente de la «Sten» manejada por Rugolo. Otras armas le hacían frente. Corrió en aquella dirección, sorteando muebles destrozados, tabiques a medio caer y cascotes humeantes.

En aquel instante estalló otra de las granadas de Rugolo. Afortunadamente para Carella, sólo le alcanzó la onda expansiva, arrojándole de espaldas y haciendo que la ametralladora escapase de sus dedos, entre la confusión que el estallido ocasionó en la semi derruida granja.

Tosiendo y maldiciendo al unísono, Carella se levantó de un brinco, buscando con la mirada la pistola ametralladora. No logró verla por ninguna parte, pero sí descubrió al hombre que saltaba los cascotes en su dirección.

¡Kurt Hertenbach!

El alemán se detuvo en seco al reconocer al jefe de *Los Justicieros*. Empuñaba una automática y su demencial aspecto infundía horror.

Frank le vio levantar la pistola y empezar a reír. Antes que

apretase el gatillo, él saltó en el aire como impulsado por una catapulta, gritando el nombre del súper criminal con retumbante sonido.

La automática disparó y la bala zumbó junto a los cabellos de Frank. Pero ya era tarde para repetir el disparo y detenerle, puesto que su pesado cuerpo cayó contra Hertenbach con un impulso terrible y ambos rodaron por los escombros.

—¡Ya te tengo, bastardo! —rugió Carella, revolviéndose.

Hertenbach consiguió ponerse de pie. Ya no empuñaba la pistola, que había perdido al caer, pero su mueca de loco júbilo indicó a Carella que el ex sargento de S.S., estaba seguro de sus fuerzas.

Le descargó un mazazo de abajo arriba que estalló en el mentón del alemán con un seco chasquido. Hertenbach retrocedió, lamentándose. Pero atacó a su vez y sus grandes puños retumbaron sobre el pecho de Frank, quien perdió la respiración durante unos segundos.

—¡Sucio *yanky*... te haré pedazos...! ¡Tú lo has destruido todo...!

—¡Cierra el pico, sargento!

De nuevo, Hertenbach atacó, sólo que esta vez Carella logró esquivar su acometida y le recibió con un espeluznante trallazo en el estómago. Sintió cómo su puño se hundía en aquella masa blanda y el alemán retrocedió dando tumbos, ahogándose y profiriendo sonoros juramentos.

Pero no cayó todavía. Su extraordinaria fortaleza le hizo recobrarse a tiempo de recibir el nuevo ataque de Frank con un duro golpe bajo que a punto estuvo de derribar al jefe de *Los Justicieros*. Ese golpe indicó a Carella que no podía confiarse más de la cuenta con aquel hombre.

Confusamente, entre el zumbido de sus oídos, escuchó las secas detonaciones de la «Sten» de Johnny. Después cesaron y sólo quedó el rumor de sus salvajes respiraciones.

—¡Voy a matarte, puerco! —anunció Hertenbach, atacando una vez más.

Carella decidió que ya le había dado demasiadas ventajas. Esquivó y pegó con el canto de la mano contra la mejilla del alemán. Sonó un extraño chasquido cuando se rompió el hueso.

Hertenbach bramó de furor homicida, y loco de dolor buscó el corpachón de su enemigo con sus grandes puños en ristre.

Pero Carella había decidido acabar cuanto antes. Su mano rígida era tan peligrosamente mortal como un cuchillo. La disparó con las puntas de los dedos por delante, y éstos se hundieron en el vientre del ex sargento. Su voz se cortó en seco y dejó de maldecir, retrocediendo a saltos convulsos.

La voz de Johnny se elevó como un clarín de victoria:

—¡Frankie! ¿Estás bien?

—¡Seguro!

Hertenbach demostró que no sólo sus fuerzas eran extraordinarias, sino también sus reflejos. Ese segundo de distracción de Carella lo aprovechó para arrojarle de nuevo contra él. Sus puños se abatieron sobre el rostro de su enemigo y Frank notó que le faltaba el suelo bajo los pies, cayendo de espaldas entre una nube de polvo.

Un aullido de triunfo salió de la rota boca del alemán. Inclinandose, agarró una enorme piedra, que levantó por encima de su cabeza como si fuera una pluma.

Carella vio la muerte tan cerca que supo que no podría esquivarla jamás. No obstante, rodó sobre sí mismo, esperando el horrible impacto de la roca contra su cabeza...

Entonces, Johnny Rugolo surgió de las ruinas como una aparición del infierno. Sus ropas estaban destrozadas y cubiertas de tierra y polvo. Su rostro era una costra de sudor y sus ojos relucían salvajemente.

Captó en una fracción de segundo todo el espanto de la situación. Comprendió que Carella iba a morir aplastado por aquel loco y apretó el gatillo de su «Sten» como si quisiera barrer a toda la humanidad.

Hertenbach fue empujado de manera brutal por la lluvia de plomo. La piedra escapó de sus manos y él se retorció de un lado a otro, sacudido como un pelele, dando tumbos, mientras la interminable ráfaga le destrozaba materialmente de arriba abajo. Rebotó contra los cascotes y las balas levantaron un reguero de esquilas y estuco, persiguiéndole de manera implacable.

—¡Basta, Johnny! —aulló Carella.

Su voz apenas se oyó entre el terremoto del arma. Pero sus

gestos atraieron la atención de su compañero, que pareció tranquilizarse repentinamente.

El fuego se extinguió y Johnny miró a su jefe con ojos atónitos. Con voz ronca murmuró:

—No sé qué me pasó, Frankie... Creí que ese puerco iba a aplastarte la cabeza y creo que me volví loco...

—Está bien, muchacho... Debes aprender a controlarte mejor. Pero me has salvado la vida sin la menor duda.

Se acercaron a Hertenbach. Era un espectáculo espeluznante, y ambos hombres desviaron la mirada.

—Se acabó —dijo Carella entre dientes—. Sólo nos queda destruir el dinero y podremos largarnos antes que lleguen los primeros curiosos.

Encontraron las cajas abarrotadas de billetes falsificados en una habitación semi derruida. Johnny localizó una lata de gasolina y rociaron aquella ingente fortuna y le pegaron fuego cuando, en la distancia, se oía el aullido de una sirena policíaca.

—¡Larguémonos de aquí! —Dispuso Carella, tras asegurarse que los billetes ardían satisfactoriamente. No obstante, para más seguridad, derrumbaron las cajas y esparcieron su contenido. Grandes llamaradas se elevaron, empezando a prender en el maderamen de la granja.

—¡Esto va a convertirse en una buena antorcha en pocos minutos!

La voz de Johnny se ahogó cuando la sirena resonó tan cerca que les infundió insólitas prisas. Desaparecieron en las sombras como fantasmas vengadores, con una misión más en su haber, nuevas experiencias y riesgos inmensos corridos para imponer la dura ley de las armas, entre unos hombres que no reconocían otra ley que la violencia.

Nadie supo jamás lo cerca que estuvo el país de sufrir el mayor colapso económico de su historia, exceptuando la depresión que sumiera en la miseria a la mayoría de ciudadanos...

Pero el público nunca oía hablar de *Los Justicieros*. Sólo en algunos círculos cerrados su nombre era signo de espanto... o de esperanza, según fueran esos círculos, por supuesto.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

